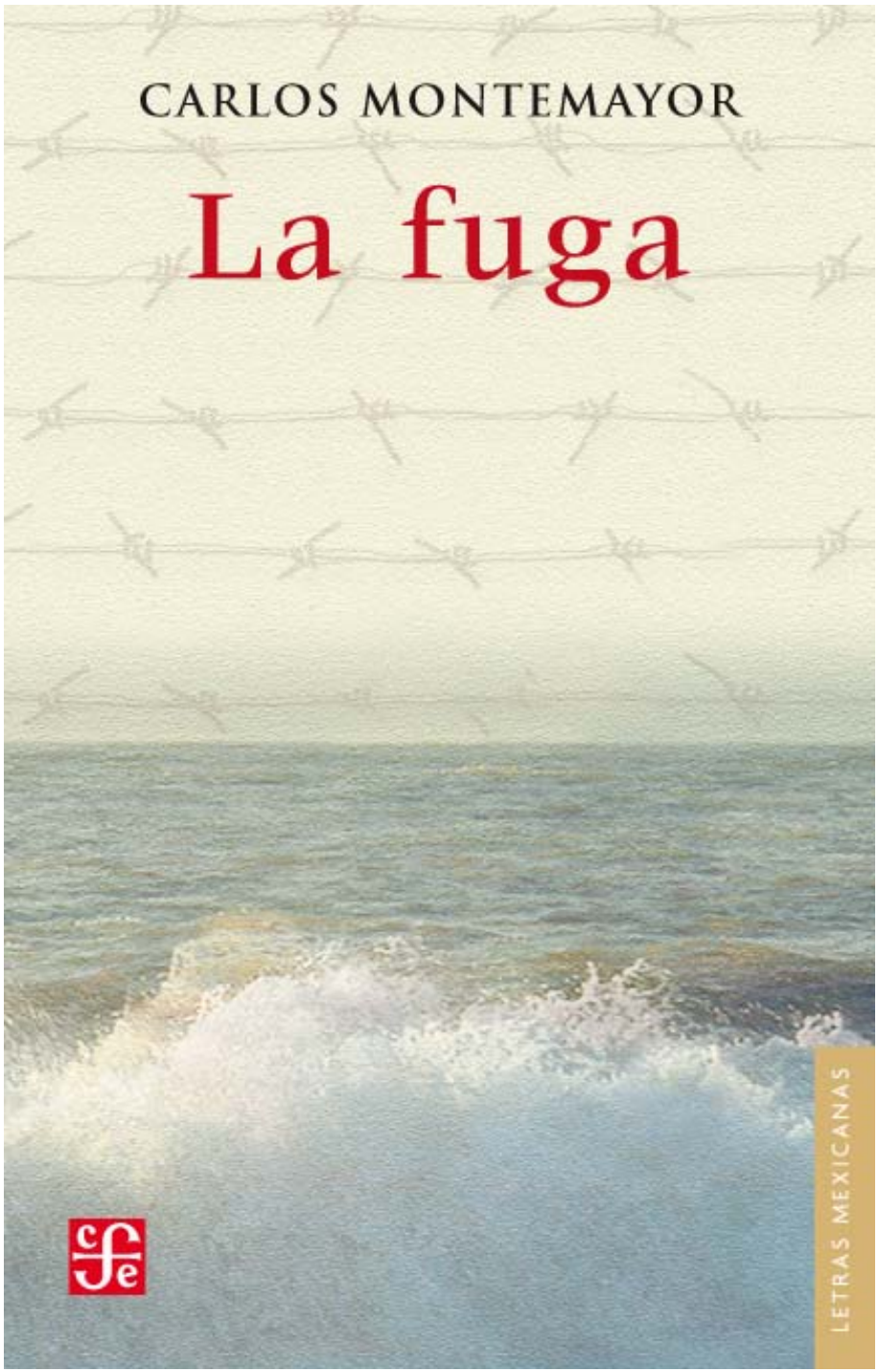
CARLOS MONTEMAYOR

La fuga



LETRAS MEXICANAS

La fuga

Carlos Montemayor

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2007
Primera edición electrónica, 2011

D. R. © 2007, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D.F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0711-9

Hecho en México - *Made in Mexico*

La fuga

Océano Pacífico, Islas Marías, 1970

Avanzada la noche dejó de llover. El viento sopló con fuerza. Extensas nubes grises se replegaban con rapidez y a pesar del surgimiento de estrellas en el firmamento no se distinguía la extensión del mar, el universo de las inmensas aguas. El barco se mecía ruidosamente por el rugido inconstante y grave de los motores.

—Dicen que eres un gatillero, que te enfrentaste a policías y a soldados —comentó con voz impersonal uno de los presos; parecía que hablaba a otra persona, que quizás se trataba de una confesión súbita, de una confidencia.

Se volvió a mirarlo. Un remoto foco de la cubierta, a la entrada de la escalerilla que descendía al interior del barco, bastaba para que se vieran a los ojos. Muchos reclusos volvían a concentrarse de nuevo en la cubierta.

—Quiero saber qué me dices —insistió el hombre moreno.

—No eran propiamente soldados.

—¿Qué, exactamente?

—Enemigos, digámoslo así.

Algunos presos estaban discutiendo; era una riña a punto de los golpes. Llegaban a ellos las voces, los gritos. Un reo se retiró del grupo e increpó al moreno.

—Es por droga —explicó el hombre cuando los que reñían se alejaron—. Me dicen el Jarocho. Puedes llamarme así tú también.

Luego extendió el brazo.

—Aquellas son las islas. Ya estamos llegando a nuestra prisión.

Tardó en distinguir tras la masa del oleaje la silueta de la isla.

Le asombró ver otra vez la tierra oscura, árboles inmóviles y remotos, acantilados, la angosta franja de la playa. Algunos soldados y presos se acercaron a la proa. El hombre moreno permanecía a su lado y habló de nuevo.

—Prefiero estar preso en las ciudades, no en el mar.

—Yo prefiero no estar preso.

El barco rodeó la costa y se dirigió al puerto de la isla mayor, la isla María Magdalena. No muy lejos giraba la luz del faro. Conforme avanzaron, apareció el puerto de Balleto, la sombra de caseríos, los muros de una construcción blanca, algunas luces insuficientes y vagas como insectos atrapados en la isla.

Comenzaron a desembarcar los presos. Pasaba de la medianoche. Se había acostumbrado ya al olor del barco. Ahora entraba en el olor de la tierra, de la basura, de la vegetación. Se dirigieron a la comandancia. Entraron en las oficinas. Un oficial empezó a revisar los documentos.

—¿Tú eres Ramón Mendoza?

—Así es.

El oficial sudaba en abundancia. Le devolvió los documentos; estaban húmedos.

—Vas a trabajar primero con los peones de Campo Nayarit. Después te mandaremos a otro lugar.

El guardia abrió la puerta. La habitación era asfixiante. Muchos mosquitos lo atacaron en la nariz, en los brazos. En el rincón vio un catre de lona; parecía una piedra junto a las paredes sucias y enmohecidas.

—Tienes tres horas para dormir. El primer pase de lista es a las cuatro de la mañana.

El guardia se retiró. Los mosquitos eran insistentes. Cerró los ojos. Sentía aún el barco, el bamboleo del mar, el cansancio de más de veinte horas de surcar el océano para llegar a las islas. No podía pensar en nada ni concentrarse. Cuando se acostó en el catre de lona sintió un olor rancio, ácido. Tenía la camisa empapada por el sudor. El calor era excesivo. Volvió a cerrar los ojos. Los mosquitos seguían acosándolo, pero dejaron de importarle. Seguía sintiendo el oleaje del mar, el olor grasoso y ácido de la cubierta del barco.

Oyó el estrépito de pasos y risas frente a la puerta. Se incorporó, agitado. Volvió a oír la corneta a lo lejos, convocando al pase de lista. Se puso de pie, mareado por el sueño. Tenía los brazos y las manos cubiertas de ronchas por la picadura de los insectos. Sintió deseos de orinar. Salió del cuarto. En la oscuridad de la madrugada muchos pasaban junto a él. Empezó a despertar conforme caminaba, conforme olía el sudor de los otros cuerpos. La sensación del bamboleo del mar no había desaparecido del todo. Sentía hambre.

La neblina cubría una parte del monte que se elevaba detrás de los caseríos. Decenas de presos se formaban cerca del muelle, en el embarcadero de Balleto, esperando la orden para partir a pie al campamento de Campo Nayarit. Los soldados aguardaban las instrucciones de los guías. Alguien se acercó a él por la espalda.

—También me incluyeron aquí —dijo el Jarocho tendiendo la mano para saludar—. Cuenta conmigo.

La neblina se disipaba gradualmente, conforme el sol ascendía. Pero el calor sofocaba todo, los cuerpos, la respiración, la somnolencia, la sed. Muchos perros ladraban cerca de las filas de presos. No entendía por qué había tantos perros ni de dónde brotaban. Varias parvadas de pelícanos y gallaretas volaban flotando en la brisa y de vez en cuando volvían a posarse en el largo muelle de Balleto o en la cubierta del barco que aún estaba anclado, meciéndose suavemente, gris, enmohecido, casi frágil.

—Los compañeros creen que eres muy peligroso, gatillero.

El Jarocho se había quitado la camisa. Sudaba copiosamente por la frente, por el cuello corto y vigoroso; los hombros y el pecho prominente estaban perlados de sudor. Se rió su enorme rostro moreno y brillante.

En Campo Nayarit repartieron a los reos por cuadrillas y les ordenaron recoger herramientas de trabajo para el desmonte. Cuando se retiraban las primeras cuadrillas oyó las voces. Eran opacas, enronquecidas. Trató de avanzar con rapidez, pero los reos formaban una masa compacta alrededor de aquellas voces que ahora parecían transformarse en ruidos guturales, bestiales, sin articular nombres ni palabras. Se arrojó sobre los reos para abrirse paso. Cuando llegó junto al Jarocho estaban ya varios guardias del penal. El Jarocho respiraba agitadamente y tenía el

cuello enrojecido, con las venas hinchadas. Uno de los hombres que había reñido la noche anterior en la cubierta del barco sangraba por la boca y la nariz; de vez en cuando escupía una pequeña masa oscura y densa como si quisiera desprenderse de un sabor o de un bocado indeseable. El otro compañero del herido se hallaba con uno de los custodios del penal.

—¿Con qué lo golpeaste? —preguntó el custodio.

—Con el puño —contestó secamente el Jarocho.

—Dice este hombre que con una piedra —insistió.

—No necesito de piedras para poner en orden a estos pendejos.

—¿Con qué te golpeó? —preguntó al hombre que sangraba—. Dime, habla.

El hombre tenía la mirada en el suelo. Volvió a escupir una masa roja y oscura.

—Habla, ¿te golpeó con el puño?

El hombre asintió con la cabeza, sin hablar.

—Yo no busco dificultades, pero no quiero que se metan conmigo —aclaró el Jarocho.

—Ninguno de ustedes está aquí por buena conducta —espetó el custodio—. Pero aquí respetan el orden o los obligaremos a que lo respeten.

Llovió por la noche. Salió de la barraca para recibir en el cuerpo la lluvia caliente. La neblina cubría el monte, la selva, el mar. Los relámpagos arrojaban de vez en cuando la luz como una fina arena que traspasaba la neblina. Bajo la lluvia y la noche había huido por la sierra muchos años atrás. Habían caminado al Faro y después a Tres Ojitos; ahí el ejército volvió a sitiarlos, pero sin ascender por la montaña para capturarlos. Ellos contaban con armas y tiros suficientes para resistir un asalto. La lluvia era fría y se protegían con grandes cortezas de pino; bajo las cortezas trataban de dormir, de reposar, de ocultarse. Ahora, bajo la lluvia, en la noche de la isla, en el calor, recordaba la lucha, volvía a sentir corporalmente el recuerdo de la libertad. Su necesidad inmediata, su confín remoto.

Le gritaron que se detuviera. Pero él no entendió. Creyó por un instante que estaba mareado. Un puñado de pequeñas mariposas blancas flotaba delante de él. De un alto árbol de guayacán una

liana se movió, o mejor, se deslizó lentamente, buscando el tronco. Mientras veía que la liana se desplazaba ascendió el olor de los árboles cercanos, la fragancia del árbol rojo de caoba. La cabeza de la víbora se mantenía erguida; era la única parte que no caía, suelta, libre, como vegetal. “La asustamos”, le dijo un preso junto a él, sujetándolo de un brazo. “¿Qué es?” “Le llaman bejuquillo”, contestó el que había gritado primero. “Es una chirrionera”, agregó el Jarocho.

La víbora llegó al suelo y tomó un color más oscuro. En la tierra húmeda pareció convertirse en agua negra y se perdió en la vegetación caliente y abundante. “¿Cómo se les atrapa?” Los hombres se rieron. “Vamos a buscarla, si quieres, antes de que se pierda.” “No la encontrarán”, dijo el primer preso. “Hallaremos otra entre los bejucos, escondida como liana.”

Se acercó al viejo. Era un hombre gordo y moreno. Se hallaba sentado en la arena de la playa junto a un perro. El Jarocho se había retirado con otros reos, a jugar cartas; escuchaba las risas potentes, francas. Sintió compasión por el viejo desde la primera vez que lo vio caminar paso a paso y encorvado.

—¿Cuántos años tiene aquí? —preguntó al viejo.

—Muchos. No lo va a creer: cuarenta.

—Con tantos años aquí, ¿por qué no se ha ido? Se me hace que está fácil para irse.

—No, mi amigo, aquí está carajo.

—No. Yo pienso que sí se puede.

El viejo se volvió a mirar el mar. El perro dormía.

—Es por la droga —explicó el Jarocho.

Salían de la selva. El calor húmedo de la tarde aumentaba. Iban caminando detrás de la cuadrilla, muy rezagados.

—¿En qué penitenciaría estuviste, gatillero?

—En la de Chihuahua.

—¿Nada más ahí?

—Con una me bastó.

—Pues yo conocí a ese pequeño grupo. Éramos compañeros.

—¿En dónde?

—En la ciudad de México, hace tiempo.

—¿Eran libres?

—No, en Lecumberri, en la penitenciaría. Piensan que yo bloqueé a su proveedor. Creen que lo compré o lo denuncié.

—¿Qué hiciste?

—No saben quién los denunció. Yo no me meto en esos asuntos.

—Alguien te traicionó, Jarocho.

—Éstos no necesitan traidores para hacerse de enemigos.

—Cuidémonos de ellos.

—Te tienen miedo, no se meterán contigo.

—Cuidémonos de ellos.

El jefe de la cuadrilla lo señaló. Dos soldados hablaban con otros reclusos. Luego lo llamaron.

—Así que eres tú —dijo el cabo—. Entrega tus herramientas.

—¿Qué pasa?

—Te llevan a la comandancia, a Balleto —explicó el jefe de la cuadrilla.

—¿Estoy preso otra vez?

—No seas pendejo —gritó el soldado—. Tienes diez minutos para entregar las herramientas. Hazlo ya.

En la selva, la vegetación era brillante, luminosa. Una parvada de pericos levantó ruidosamente el vuelo entre los árboles y parecía perderse entre las caobas y guayacanes, elevarse sobre los árboles, caer de pronto como hacia un pozo, como si un columpio los meciera en el aire caliente. El Jarocho atravesó apresuradamente el terreno para acercarse a él.

—¿Qué hiciste, gatillero?

—El viejo con el que hablé hace dos días me traicionó.

—Te adelantaste en buscar compañeros.

—No me le acerqué para reunir compañeros. Me daba lástima.

—Te falta saber dónde hay amigos y cuándo debes sentir lástima.

—Te retiraremos de Campo Nayarit, para evitar tentaciones inútiles. Ya sé que te quieres fugar —reclamó el general.

—No, señor. Tengo aquí apenas un mes. No conozco la isla. ¿Dónde voy a conseguir tablas?

—Te retiraremos de Campo Nayarit.

—¿Qué tiene Campo Nayarit? ¿Qué tiene de malo mi trabajo?

De por sí estoy preso en la isla.

—Estarás aquí en Balleto, en los talleres, para tenerte mejor vigilado. No quiero que te traguen los tiburones en el mar.

—Ya estoy preso en la isla, señor, y ahora quieren apresarme otra vez. No entiendo.

—Aquí lo entenderás.

—Tú eres Ramón, ¿verdad? Sabemos que te han ordenado firmar seis veces al día en la comandancia.

—Hay gente muy loca.

—Yo estoy aquí con otros compañeros por gomero. Nuestro asunto es el cultivo de amapola, así que somos gente en la que se puede confiar.

—Siempre descubre uno cosas de los amigos.

—El Jarocho te manda saludos. Quiere que sepas que con él sí puedes confiar. Que no te vuelvas a equivocar.

—No me volverá a suceder. Díselo.

—Eres muy joven. A ver si haciendo sogas te apaciguas —dijo el sargento Carranza, asistente del general.

—No debo abrir la boca tanto, aunque sea con gente que está pasando por el mismo horror que uno está sufriendo. Hay veces que son débiles
de más.

—Así es.

—Yo trabajo donde sea.

—Así tiene que ser.

—Pero no es justo. La comida es mala en los comedores y allá puede uno cazar algo por las tardes.

El sargento Carranza se rió.

—Estás loco.

—A mí el trabajo no me asusta.

—¿Qué edad tienes?

—Veintinueve años, señor.

—Eres muy joven. Por eso eres tan confiado.

Una tarde se acercó al muelle de Balleto. El agua cristalina del mar se agolpaba en los pilotes sumergidos. Ahí había desembarcado de noche, hacía varias semanas. Ahora el muelle lo atraía poderosamente, como si estuviera aún aturdido por el

sueño o por una larga enfermedad; miraba el embarcadero que se extendía en las aguas del mar. Con sorpresa, como si tuviera fiebre o no entendiera bien las cosas, veía desplazarse debajo del embarcadero, pero lejos de la playa, los bultos acerados, los lomos de tiburones que giraban lentamente, que desaparecían debajo del embarcadero o se perdían en el oleaje para luego, inadvertidos, emerger de nuevo. No todas las tardes los distinguió. A veces sólo contemplaba los lanchones de carga o un bote de pesca meciéndose junto al muelle, con guardias vigilando en la plataforma, con soldados cerrando el paso al embarcadero o a las playas.

Detrás de la comandancia del puerto de Balleto se elevaba un monte con selva y peñascos; contrastaba con la extensa plataforma ondulante del muelle y la corpulencia, a veces oscura, a veces azul, y también siempre ondulante, del mar. Esa inmensidad era una propuesta reiterada para ser libre, para pensar que el mundo real estaba al alcance de la mano, que era una puerta posible. Desde el embarcadero, sin embargo, hacia la izquierda, sólo distinguía el monte rocoso de la isla San Juanito, las parvadas de pelícanos y gaviotas que parecían elevarse como un puente oscilante entre ambas islas. En la selva detrás de Balleto, en cambio, se esponjaba como un árbol vertiginoso el vuelo ruidoso y colorido de los pericos. Ahí, más que la prisión asfixiante y violenta, era la vida que desconocía, que lo hacía retroceder, caer en un pozo desde su sierra de coníferas, desde las altas montañas y planicies de ganado y de sembradíos de maíz y trigo. Sentía que esa isla era una prisión más efectiva, más desconcertante.

En la piel exuberante de la selva, en piedras, en troncos caídos, se sorprendía de pronto con la mirada remota, perdida, casi antigua, de grandes iguanas oscuras y verdosas, inmóviles como rocas y de pronto ágiles y grotescas, que corrían apoyadas en pequeños pero musculosos brazos. Los ojos a veces entrecerrados parecían verlo sesgadamente. La primera vez que capturó una iguana sintió que en las manos sostenía un lodo que respiraba y se agitaba, que se resistía. La piel rugosa quería resbalar de las manos y los colmillos eran filosos. Les ataba con un cordel las mandíbulas y los ojos crecían con una mirada vivaz y tensa. Dos presos oaxaqueños le habían enseñado a cazarlas y a cocinarlas. La carne delicada era sorprendente; de la fealdad de

la piel surgía una carne blanca, dulce, quizás el alimento más delicado y limpio que pudiera comerse nunca. “Se alimentan de capullos de flores”, explicaba uno de los oaxaqueños. “Dicen que comen insectos, pero no es así. Te lo aseguro.” Él lo creía. El Jarocho también. Comiendo la carne blanca de los costados de la iguana o un pequeño brazo, lo aceptaban con un suave movimiento de la cabeza.

Mi papá siempre tuvo rifle y pistola. Cuando yo tenía doce años, me enseñó los secretos de las armas que él sabía manejar. Un día se me iba a ofrecer, ¿verdad? Yo agarro la pistola y la amartillo con este dedo. Por ejemplo, se jala con la pura yema del dedo, para que no se mueva el arma al momento de disparar. Luego le veo el grano que debo cortar de acuerdo con la mira. Hay que disparar un tiro o dos y darse cuenta cómo hay que agarrarle el granito, que lo vaya rozando o a veces más abajo. Ya más o menos sé qué cantidad de grano le voy a agarrar. No soy como los soldados que tiran a los pies para pegar en la cabeza. Ellos le apuntan abajo para dar arriba. Tienen academia, pero no se fijan en la cantidad de parque que hay que cuidar. Y nosotros no. Si traemos cartuchos, tenemos que cuidarlos.

El calor lo había soportado innumerables veces en otros sitios. Ahora el aire húmedo se confundía con el sudor que empapaba la ropa, que se expandía en los pulmones como otra presencia corporal que lo asediaba, que parecía sofocarlo poniendo un pie encima de su propio pecho. El mar estaba en el aire, en el crascitar de las gaviotas y pelícanos, en el peso brutal de cadenas invisibles e intransigentes. O en la cadena irrompible de los reos de la isla, en la torva libertad indisfrutable de los presos en sembradíos, en la tala de árboles, en los talleres, en las cargas de troncos, de materiales, de alimentos. Ese desplazamiento dentro de la isla no dejaba el sabor de libertad. Los muros del mar aparecían de súbito en el brillante día, en la húmeda e hirviente noche, en la risa violenta de los comedores, en el murmullo violento y procaz de los amontonamientos de reos convocados por cornetas a pasar lista al atardecer y en la madrugada.

Lo vio en una esquina de la enfermería, sobre un camastro. Le sorprendió que la palidez le hubiera disminuido la fuerte tonalidad oscura de la piel.

—¿Cómo estás, Jarocho?

El moreno abrió los ojos. Tenía la boca seca, la mirada vidriosa; sonrió y extendió lentamente una mano, para saludarlo.

—Todavía estoy aquí, gatillero.

El olor a desinfectante, a jabón, a alcohol, invadía el reducido espacio de la enfermería. Había estado lloviendo continuamente durante los últimos cuatro días. Esa tarde el aire era fresco, pero una sensación de vapor parecía extenderse a lo largo de las sábanas percudidas que cubrían al moreno.

—¿Qué hiciste, Jarocho?

—Me defendí. Los machetes tienen mucho filo en esta prisión.

—Lo sé. Me lo dijeron ya.

—Desde el barco, cuando veníamos en la cuerda, peleaban por droga. Te lo dije, ¿recuerdas? Se equivocaron conmigo. Tuve que defenderme. Eran dos.

—Eran los mismos, supongo.

El moreno asintió. Cerró los ojos. Guardó silencio un largo rato. Quizás dormitó, porque de pronto abrió los ojos, buscando algo.

—Te está aumentando la fiebre, Jarocho. Voy a llamar al ayudante del médico.

—Espera; dime algo, gatillero.

Se detuvo, esperando que el moreno hablara. Parecía más delgado, vulnerable, como un muchacho abrumado.

—Quiero saber si perderé esta pierna. Cada vez la siento menos.

Señaló la pierna izquierda y trató de quitarse las sábanas.

—No te muevas, Jarocho, yo lo haré.

Rodeó el camastro y quitó las sábanas. La pierna estaba inflamada. Una supuración permanente brotaba en la parte superior del muslo, no muy lejos de la ingle. Percibió el mal olor que despedía la herida. Los dedos del pie y el tobillo se habían oscurecido. Estaban gangrenados. A la altura de la herida la pierna estaba muy roja.

—No sé qué pasa con tu pierna, Jarocho. Buscaré al médico.

El moreno asintió.

—Pero regresa. Quiero salir de aquí, gatillero.

—Seguro, voy a regresar, no lo dudes.

—Otra cosa; dime, ¿cómo están ellos?

—Ellos ya se fueron, Jarocho.

—¿Ya salieron de aquí?

—Enterraron ayer al segundo. Ya no los volverás a ver.

—Me quito ya esa preocupación, entonces.

—Así es, ya no tengas ese pendiente.

El moreno volvió a dormitar.

—¿Mataste al comandante?

—No era un comandante.

—Pero te enfrentaste a los policías que los sitiaron.

Permaneció callado un largo momento.

—No era un comandante —repitió.

—Combatiste contra el ejército, ¿no es cierto?

—No se ataca al ejército nada más porque sí. Es más complejo.

Los dos hombres permanecían callados, esperando.

—Dicen que eres peligroso con las armas.

—A la gente le gusta hablar.

Intentó levantar una mano, para explicar algo.

—Me llamo Miguel Salcido —lo interrumpió uno de ellos.

—Yo soy Raimundo —dijo el otro—. Somos hermanos.

Los miró a los ojos. Sintió confianza.

Una noche me dijo que le faltaba la pierna; estaba con los ojos cerrados y sudando en abundancia, como si soñara. Otro día me pidió que lo ayudara a levantarse, porque quería caminar y ya no soportaba estar acostado. No estoy seguro de que el Jarocho se diera cuenta cuando le amputaron la pierna. Pero ahí entendí otra cosa. Era su fuerza real, personal. El Jarocho no tenía idea social, aunque de entrada su disposición a la amistad y a compartir riesgos fue inmediata. Lo he pensado muchas veces. La amistad llega por diversas razones. No importa cómo seamos; descubrimos lo mismo desde diferentes destinos. Para mi libertad, o para vencer mi infortunio, era un compañero tan cabal como lo fueron en la sierra los que murieron en la lucha. Entendí que tenía compañeros en otros frentes, que los compañeros pueden surgir en todas partes. Ésta fue la enseñanza del Jarocho. No estoy seguro que usted me entienda, porque no tiene que ver con ideas, sino con lo que vive la gente. Claro, lo entendí después. Por eso digo que el Jarocho me ha seguido ayudando con su amistad, por esa seguridad con la que me ofreció luchar conmigo, buscar su libertad conmigo. Es como una

comparación, como una regla de oro, ¿verdad? Como si los amigos nos ayudaran a echarle medidas al mundo.

La isla era un organismo cerrado, casi impenetrable. Esa fuerza de la tierra le era desconocida. La vegetación de la selva parecía desdoblarse de pronto en el vuelo ruidoso y súbito de una parvada de pericos o tijeretas o materializarse en el mundo lento y antiguo de enormes iguanas oscuras. También en el desplazamiento sigiloso de víboras en los guayacanes, en los cedros rojos. A veces una pequeña nube de mariposas diminutas se interponía a su paso. Y el calor húmedo que disolvía todo, vegetación, cuerpos, viento, lluvia, mar, noches interminables.

Al año llegó un muchacho con un grupo de reclusos que enviaron de Tabasco y Veracruz. A Ramón le pareció valiente y serio. Un día en el comedor le dijo:

—Véngase para acá con nosotros, véngase a comer.

Aceptó el muchacho.

—Soy Cuauhtémoc Hernández —le dijo.

Ramón lo empezó a tratar. Parecía inteligente y precavido. No se acercaba a nadie. Era de piel muy oscura y de nariz aguileña. Una tarde, cerca de la comandancia de Balleto, cuando el viento golpeaba fuertemente sobre el embarcadero y el mar comenzaba a picarse, Mono Blanco le confesó a Ramón que tenía una hermana muy bonita; que uno de los dueños del pueblo la violó y que él se vio obligado a matarlo. Por eso estaba ahí, en el penal de las islas.

—"Ya que no quieres cumplirle a mi hermana, te las vas a tener que arreglar conmigo. Vengo a matarte", le dije. "¡Tú qué vas a matarme! ¡Tú no matas nada!"

—¿Así te retó?

—"Tú no matas ni una liebre", me dijo, "que ni amarrada." "Pues ahí te va", dije, y le di dos tiros. Uno en el pecho, aquí, en lo blandito, y otro más abajo. Lo único que yo quería era quitarle la vida. ¡Vieras qué indignación da!

—Sí, me imagino. Pues cómo no —contestó Ramón.

—Y luego todavía que te traten así.

Un día, antes del pase de la lista de la mañana, me extrañó no escuchar el ruido de tanta gente. Yo tenía muchos meses recluido en

la isla, casi un año, pienso. Éramos muchos y todos gritaban, soltaban risotadas. Y esa madrugada yo no escuchaba casi nada. Me parecía que todo era silencio, un momento de mucha calma, muy hermoso, como si no doliera estar en ese lugar, con esa gente tan lastimada. Y me di cuenta que no escuchaba nada porque estaba hablando conmigo mismo. En ese momento vi muy claro, sin discusiones. Por eso digo que la voluntad es algo que también piensa en nosotros. Ante ella no hay argumentos que valgan. Y yo decidía que sí, que lo más importante era mi libertad, y que no me iba a acobardar. Ignoraba que llegaría hasta acá, a este país, quién lo dijera. Pero con la voluntad no se juega. Ya no estaba el Jarocho. Lo extrañé, se lo digo sinceramente. Y yo sabía que él lo hubiera entendido.

—¿Qué quieres? —preguntó el sargento Carranza.

—Hay un medanito junto a mi barraca —comenzó a explicar.

—¿Y qué con eso?

—En la orilla de las barracas hay un tubo trozado del agua y sale un chorrito, escapa agua, pues.

El sargento Carranza no contestó; siguió esperando la explicación.

—Puedo hacer ahí una hortaliza. Vengo a pedirle permiso.

—¿Qué piensas sembrar?

—Tomate, chile, cebolla, lechuga. Incluso papaya y unas matas de maíz. Poquito de todo, claro. El fruto lo repartiré con usted y con compañeros. ¿Qué voy a hacer con tanto, verdad?

—¿Quieres repartir lo que siembres?

—Aquí la comida es muy mala. ¿Para qué sufrir más aparte de lo que todos sufrimos?

—¿No te basta con trabajar en los talleres?, ¿quieres que te manden a las cuadrillas de la selva?

—En esta isla todo se da muy bien y ahí tengo el agua. Quiero saber si me autoriza a hacerlo.

—Tienes el permiso.

—Empezaré ahora mismo, sargento.

—No quieres perder tiempo, muchacho.

—¿Quién no pierde el tiempo en este penal?

Y sí, como al año llegó este amigo, le digo. Llegó en una cuerda de presos que enviaron de Tabasco. Era un muchacho solo, no se

juntaba con nadie. Era muy observador y al verle la estampa me pareció valiente y serio. Un día en el comedor lo llamé: "Véngase para acá con nosotros, véngase a comer". Lo empecé a tratar, a platicarle en confianza primero cosas que no comprometen, ¿verdad? Lo empecé a sondear y él cada vez se me salía adelante. "Me parece vivo", pensé yo. Y sabía de mares, sí, mucho. Se llamaba Cuauhtémoc Hernández. Yo le decía el Mono Blanco, aunque se enojara. Pero al último sólo se enojaba con otros. Alguien oyó que yo le dije Mono Blanco y empezaron las discordias. Porque es muy prieto y de nariz aguileña. Desfigurado está, pobre. Pero qué persona tan valiosa. Intuí que podía servirme para mi libertad. Con mis compañeros sí platicaba, pero de ahí en fuera con nadie. No era amante de la mentira, le repugnaba. Decía que era muy traicionera la gente. Pues resulta que tenía una hermana muy bonita. Difícil creerlo, si se le parecía. Un cacique la violó y él se vio obligado a matarlo. Por eso estaba ahí. Él andaba en España trabajando en un barco, por Galicia. Me dio santo y seña de lo que hizo. A los tres años de haberse embarcado regresó. Llegó a Guatemala y de ahí se fue a Tabasco, donde le platicaron todo. Entonces decidió comprar una pistola, una .38 especial. Regresó por la tarde a su casa y durmió muy tranquilo. Al otro día fue a pedirle cuentas al que violó a la hermana. "¿Pues qué crees que me hicieron?", me comentó. "Pues me trató como basura. Me dijo: ¿tú qué me vas a hacer? Tú eres una mierda." Así, feo lo trató. "Ya que no quieres cumplirle a mi hermana, te las vas a tener que arreglar conmigo. Vengo a matarte." "¡Tú qué vas a matarme! ¡Tú no matas nada!" Sí, lo retó. "Tú no matas ni una liebre", le dijo, "que ni amarrada. ¿Sólo porque acabas de llegar de muchos mares te sientes valiente? No sirves para nada." Sacó la pistola y el otro dijo: "¡Apriétale, no la saques de oquis! Porque si no, yo te voy a dar con ella". "Pues ahí te va" y le dio dos tiros. Uno en el pecho, aquí, en lo blandito, y otro más abajo. "Para que no se sintiera", dijo. "Y si hubiera caído vivo le doy otro. Pero no fue necesario. Lo único que yo quería era quitarle la vida. Vieras qué indignación da." "Sí, me imagino. Pues cómo no." "Y luego todavía que te traten así." Pues decía que la gente era muy traicionera. "Tú les platicas algo aquí, luego se sabe dondequiera." Hablaba muy bien, no de tonterías como los demás. En una prisión, oiga, ya se ha de imaginar. Y cuando comencé a llamarle Mono Blanco se resistía: "No la friegues, no me digas así". "Nomás una que otra vez, no muy seguido", le dije. "Pero no muy seguido." "No, Mono Blanco. Sólo

mañana te digo. O no, mejor pasado mañana." Ya se reía.

Cuando empezaron a imaginar la fuga, la conversación salió de Ramón. Mono Blanco escuchó atento y al último dijo:

—Yo puedo sumarme a ustedes, pero les voy a hacer una recomendación. No vayan a abrir
la boca, que no sean más de los que estamos aquí.

Los demás asintieron y guardaron silencio largo rato. Salieron del comedor y caminaron hacia la playa, lejos del embarcadero donde se hallaban anclados, meciéndose, dos pequeños barcos, uno de carga y otro pesquero. Muchos soldados y guardias impedían que los presos se aproximaran al muelle. Mono Blanco retomó el propósito.

—El domingo recorramos la isla para buscar trozos buenos de madera.

Dos días después, el domingo, recorrieron la selva y encontraron un gran tronco de cedro caído junto a un arroyo que bajaba por una larga roca de laja.

—Este cedro será nuestra embarcación, se los aseguro —sentenció Mono Blanco.

¿Conoces el sureste, Saturnino? ¿Hacia Campeche o hacia Tabasco? Déjame decirte esto. Cuando yo era niño había zonas donde sólo se podía transitar por los ríos. Todos eran grandes, con nombres hermosos: Coatzacoalcos, Huespanapa, Tancochapa, Grijalva, Usumacinta, Candelaria. Llegaban trabajadores a los campos petroleros o también a abrir brechas para tender las vías de ferrocarril de Veracruz hasta Yucatán. Querían atravesar la selva, que es cosa de cuidado. El gatillero hacía bien en rehuir la selva en el penal de las islas. Siempre logró que le dieran trabajo en los campamentos, en el taller de cordeles, en la enfermería, en la carpintería. La selva no es un juego. Yo recuerdo una barquita en Huespana; era un cayuco al que le habían adaptado un motor de automóvil. Le decían El Pirata *porque su dueño traficaba con todo lo que podía, con abarrotes, con licores y también con damas a veces muy bonitas y a veces muy feas. Su ayudante era un joven fornido y alto, al que llamábamos Tarzán, muy valiente, como si fuera un niño grandote. Sólo llevaba un taparrabos y se afirmaba de pie en la proa del barquito, abierto de piernas, desafiando el calor, viento, moscos, caimanes, tempestades. Pero una vez, en un lugar de la selva que le*

llamaban El Mirador, donde las manadas de tapires pasaban por el campamento como si vivieran ahí, buscando comida o corriendo, este muchacho comenzó a enfermarse. Día con día empezó a cubrirse de chipotes, principalmente en la cara. Pobre Tarzán, quedó hecho un costal de papas, te lo aseguro. Resulta que le habían estado picando los moyocuiles y no había manera de encontrar remedio ahí en la selva. Lo tuvieron que regresar a su casa para que lo atendiera un médico. Y se regresó en el barquito, en El Pirata, *pero ya no iba erguido en la proa, sino acostado y muy afligido. Pobrecito, lo despedimos todos y se regresó con él también una dama muy fea que había estado en el campamento ofreciendo sus servicios amorosos a los trabajadores de las brigadas y que le tomó cariño al pobre Tarzán. A la segunda o tercera vez que le prestó sus servicios a este joven, ella se negó a seguir trabajando con los demás, así que decidió cuidarlo desde el principio de su mal. Pues se fueron los dos, muy encariñados, y nos dejaron en ese lugar afeado por los moscos, las tarántulas y los moyocuiles. ¿No conoces los moyocuiles? Son unas larvas que crecen bajo la piel y que la van levantando. No sé si la transmite un mosco o alguna alimaña, pero provoca mucha comezón y la larva parece que respira por la punta de la elevación, así que para matarla hay que poner alguna goma o resina en esa punta; se queda adentro, pues, y ya muerta se le exprime como hueso de naranja o se le deja pudrirse ahí, debajo de la piel. Con la selva no se juega. Siempre tiene algo nuevo para ahuyentarnos o para apresarnos fatalmente. El gatillero sabía bien lo que hacía al apartarse de la selva. Pero yo también. Yo también sabía lo mío.*

Como le dije, se reunían conmigo los hermanos Miguel y Raymundo Salcido, que eran de la sierra de Chihuahua, de Cusihuiriachic. Sí se lo dije, ¿verdad? Y Flavio Piña y otro muchacho que había caído por el mismo delito, que también se llamaba Miguel. El delito de ellos era sembrar goma de opio. Por eso les decían gomeros. El de los Salcido era el homicidio. Muy buenos compañeros todos. Una tarde empezamos a imaginar esto. Desde luego la conversación salió de mí. Yo no estaba a gusto recluido en la isla. Pues unos decían está bien, otros está carajo y otros más yo sí le entro, cómo no. Y Mono Blanco observaba. Al último dijo: "Yo puedo sumarme a ustedes, pero les voy a hacer una recomendación. No vayan a abrir la boca, que no sean más de los que estamos aquí". "No, de aquí no va a salir nada." "Está bien." "Pues el domingo recorramos la isla para ver si hay

trozos buenos de madera." Y nos fuimos el domingo a recorrer la isla y sí, encontramos un buen tronco de cedro. Y fueron sucediéndose las cosas. "Bueno", dije, "tú te robas el hacha. Pero que no te vean, porque van a acusar al jefe del taller." Días después me dijo: "Ya tengo el hacha, y también una lima". Otro consiguió un machete. Luego a Flavio le dije: "Tú vas por la carpintería y te escondes un martillo y clavos". Pues sí, trajo martillo y clavos. Cada quien hizo una cosa. Yo conseguí el chapopote. Una compañía del gobierno trabajaba allá, haciendo un camino y yo miraba muchas barras de chapopote. Un día me acerqué a uno de los trabajadores, también recluso: "Te doy cincuenta pesos por que me consigas un poco de chapopote". Y él me contestó: "Si se llegan a dar cuenta me quitan el cargo". "Pues muy sencillo, que no se den cuenta", le dije. Y sí, me llevó bastante. No preguntó para qué lo quería, claro que no. Pues fui a enterrar el chapopote y les dije: "Ya está. Ya tenemos clavos, machete, hacha, martillo, chapopote. ¿Pues qué más queremos?" "Hay que hacer las tablas", dijo Mono Blanco. Empezamos a trabajar en las noches; a veces, cuando era posible, también de día. Mono Blanco pidió que le confiáramos la obra a él. Porque él había trabajado en un astillero y había hecho muchas lanchas para remar, allá en los ríos de Tabasco. Pero lo más importante era que había navegado en los mares y de eso no nos contaba. Él dijo cómo hacer las tablas. Un día íbamos unos y al siguiente los otros. Él nunca dejó de ir. Él siempre estuvo presente en lo que hacíamos. Él se encargaba de la obra, así tenía que ser. Luego había que esconder todo, en la arena, en el monte; lo tapábamos con hojarasca para no dejar rastro, no dejar cáscaras ni señas de nada, ninguna huella.

Para mí, el mar y los ríos son lo más seguro. El agua sabe dónde está su nivel. O sea, el nivel del mundo. Yo creo que es el verdadero nivel precisamente de las cosas. A lo mejor por eso he sufrido tantas veces. En los ríos o en el mar no hay elevaciones; son un cuerpo extendido y maleable, pero poderoso y a veces indomable. Claro que en el mar te desconciertas y a veces, al acercarte a tierra, sientes que desciendes, que el mar está arriba, como en una cúspide. Pero no es así. O no puede ser, ¿me entiendes? La sierra es una elevación permanente, que no se mueve. Pero en el mar no es igual. Tú puedes creer que en el mar hay de pronto una elevación, pero en verdad se trata de una llanura sin cuerpo, sin piel, que no termina, como una llanura de agua, sólo profunda debajo de ella. No se lo decía al gatillero,

porque, ¿para qué hacer más difícil el trayecto? Él me decía: "Oye, Mono Blanco, vamos bajando hacia la costa, ¿verdad?" Y lo que yo veía era la sierra al fondo de la costa, la elevación de los montes. Yo sentía que al acercarnos a tierra debíamos subir, que para ponernos a salvo debíamos ascender. De manera que para mí tener los pies en el suelo es permanecer al nivel del agua. Mientras más me aleje de ese nivel siento que soy vulnerable o que no sé dónde estoy. ¿Qué curioso, verdad? ¿Por qué no le platicaba esto al gatillero? Yo creo que lo hubiera entendido. Que el nivel del mundo es el nivel del agua. Pero él tenía que asegurarse de ponernos a salvo a ambos. Yo no debía interrumpir su reflexión. Él debía estar concentrado en nosotros. Pero éramos diferentes, ¿te das cuenta? Y yo me preguntaba: "¿Cuándo llegaremos a nuestro destino?" O sea, ¿cuándo tendremos cada quien que ir hacia su propio destino?

Cuando pasaban los guardias, por la noche, salían a la orilla del monte y se introducían entre las sombras de los árboles; antes de las cuatro de la mañana regresaban, se confundían con la gente en cuanto empezaba el trompeta a tocar a lista. Las tablas fueron largas, de más de tres metros, para una lancha de seis personas. Tallaron siete remos; los seis necesarios y uno más por si se quebraba alguno.

—Ya el trabajo está listo. Está correcto —dijo Mono Blanco.

Todos contemplaron la embarcación con orgullo. La brisa soplaba constante, arrastrando el aroma de los limoneros y los guayabos que había en esa parte del montecito, donde habían guardado herramientas y tablas. Tocaban la quilla, rodea-ban la lancha, con asombro y apego.

—Ahora hay que esperar ocho días —explicó Mono Blanco—. ¿Se han fijado que está muy alta la marea? Está haciendo efecto la luna, porque acaba de entrar. Necesitamos que haga su cuarto.

Todos estuvieron de acuerdo en esperar.

—Pero tenemos que reunirnos antes —intervino Ramón—. Todos debemos comprar provisiones, diferentes cosas. Tenemos que ajustarnos a esto.

—En ese caso, yo también necesito algo —dijo Mono Blanco —. Una manta color azul marino.

Cavaron un hoyo grande, no muy lejos del pequeño arroyo que bajaba por la pendiente. Pusieron ahí la lancha con los remos. La cubrieron con ramas, incluso con piedras. Borraron

huellas y restos de chapopote. Mono Blanco aprobó la operación.

—Todo debe borrarse bien, quedar como si nadie hubiera estado aquí.

Había un sargento ya retirado que trabajaba ahí, uno de los custodios. Era civil, según él, pero ahí le decíamos sargento. Se apellidaba Carranza. Una de las personas más difíciles que había en la isla como custodio. Muy conocedor. Era un perro rastrero. Se te quedaba viendo y decía: "Tú traes algo". Traté de hacer amistad con él. Era un viejo reseco y cabrón. Pero lentamente me fui amistando con él, hasta que lo logré. Yo tenía que fingir, para que no desconfiara. Y con el tiempo ya no desconfió. Era lo que yo quería, porque él era capaz de estar día y noche viendo los movimientos de uno. Me tomó confianza. A él le pedía permiso para salir a cazar iguanas, matar palomas, incluso ir de pesca. Y me dejaba. "Pero no faltes en la mañana al pase de lista." "No, no falto." La lista era a las cuatro. Y yo en lugar de las palomas me iba a la otra parte. Y es que así tenía que ser, ¿verdad?

¿Te hablé ya de El Mirador, Saturnino? Está en el Istmo de Tehuantepec. Ahí parece que nacen todos los ríos que desembocan en el Golfo de México. También se encuentran todos los animales salvajes, insectos y alimañas que te puedas imaginar. Era mi primer viaje a la selva. Y te juro que yo hubiera querido que fuera el último. Es mejor navegar. El mar es lo más seguro que hay en el mundo, te lo digo yo. El gatillero dice que me da miedo la gente. ¡Y cómo no! Qué nos puede aterrar sino la gente, ¿no? ¿Qué cosa hay más temible en el penal de las islas, en los pueblos de Tabasco o en la sierra de ustedes? Los animales y las cosas no son nuestros enemigos, sino las personas. Pues bajábamos por una lomita hacia la ribera del río donde nos esperaba un cayuco, íbamos caminando atrás de unas mujeres de la localidad que llevaban la misma dirección. Todas iban conversando muy alegres y una de ellas cargaba un niño como la cosa más natural del mundo. En eso el niño se volvió a mirarnos y descubrí que tenía la cara de un viejo, arrugada y con grandes mechones de pelo cano y barba con largas cerdas. Todavía me hallaba sorprendido cuando mi mirada se cruzó un momento con la del pequeño monstruo y sentí repulsión. Pero las mujeres seguían igual, lo trataban con toda naturalidad y yo me adapté a las circunstancias y seguí caminando sin mostrar sorpresa ni espanto.

Después supe que hay una enfermedad que envejece a las criaturas y que eso le ocurría a ese niño. Lo recuerdo aún y me desconcierta.

Llegaron todos después del toque de silencio. Envueltos en plástico, Ramón Mendoza llevaba en el pantalón corto dos cajitas de fósforos, un bultito de sal y doscientos pesos. En otra bolsa, por instrucciones de Mono Blanco, trajo limones. Subieron al pequeño promontorio, junto a la corriente del arroyo que pasaba muy cerca de donde habían ocultado la lancha. Desprendieron las palmas con que la habían cubierto y los Salcido acomodaron en ella los cuatro galones de agua potable y Mono Blanco una bolsa con numerosas y pequeñas cuñas de madera y un bote de hoja de lata. Enseguida Mono Blanco instaló con martillo y clavos, en la parte posterior de la embarcación, un largo cilindro de manta azul marino. Probó un par de veces desenrollar el cilindro tirando de una argolla. Cuando quedó satisfecho se dirigió a los demás:

—Hay que tomar el arroyo que baja a la playa para que pese menos la embarcación —ordenó.

La colocaron en el arroyo y empezaron a descender hacia la playa. Se detuvieron cuando las olas comenzaron a mojar la quilla. Mono Blanco revisó una vez más los ensamblajes, los asientos, los remos. Luego se desvistió, se quedó en calzón de baño y arrojó la ropa a la embarcación. Ramón hizo lo mismo. Un profundo silencio surgió en el grupo. Ramón sintió que algo cambiaba. Mono Blanco los apremió:

—Tenemos que embarcarnos.

—Hay que meterla al mar —indicó Ramón, disponiéndose a empujarla.

Flavio Piña fue el primero en renunciar.

—Me falta muy poco para salir, unos siete meses, Ramón. Esto quería explicarte. No creo que tenga sentido irme ahora con ustedes. Voy a recuperar mi libertad muy pronto.

—A mí me faltan nueve meses para quedar libre —se apresuró a decir Raymundo Salcido.

El otro hermano dudó; luego intervino:

—A mí me faltan menos de diez meses.

—¿Y a ti? —preguntó Ramón a Miguel Rodríguez, después de un tenso silencio.

—A mí menos. Me faltan siete meses.

Ramón Mendoza parecía tener dificultad en mantenerse callado. La brisa del mar agitaba los cabellos de todos. El mar ensordecía por momentos, sofocaba las voces, la noche. Mono Blanco alzó la voz, para sobreponerse al ruido del mar:

—¿Tú también te quedas, Ramón?

—¡Cómo! ¡Qué me voy a quedar! Yo empecé esto y sigo hasta el fin.

—Entonces, ¿para qué seguir hablando?

El mar mecía la barca suavemente; las olas arrastraban la arena y los hombres buscaban otra posición para seguir de pie. El ruido del mar había desaparecido para Ramón. No entendía que se desistieran en el último momento. Trató de no imponer con violencia lo que pensaba. El estupor, no el mar, lo ensordecía.

—Debo aclararlo, se trata de un consejo —decidió hablar cuando de nuevo oía el dilatado ruido del mar, la fuerza recurrente de la brisa—. Si llegan a atraparnos será porque uno de ustedes nos delató. Yo no voy a preguntar si fueron los cuatro o sólo uno. Para mí será como si todos lo hubieran hecho. No me comprometan, las traiciones se pagan.

—Ninguno de nosotros sabe traicionar, Ramón, váyanse confiados —aclaró Raymundo Salcido.

Mono Blanco se despidió de cada uno de ellos, estrechándoles la mano. La marea había aumentado. Las olas parecían tener más fuerza. Mucho después Ramón también les tendió la mano, cuando Mono Blanco se hallaba ya en la embarcación. Ramón dio unos pasos en el agua caliente del mar, se introdujo hasta la cintura y se apoyó en el borde de la lancha para saltar en ella y ocupar su lugar. Los demás ayudaron a impulsar la embarcación y luego permanecieron mucho tiempo en la playa. La luna apenas comenzaba a crecer, como una laminilla blanca y curva.

Quizás eran las once de la noche. Ahora Ramón escuchaba el oleaje golpeando contra la quilla de la embarcación y sentía la corpulencia firme y tensa de la abundancia del mar en el esfuerzo rítmico de los remos. Parecía un ronco rumor envolvente que no lo dejaba desplegarse con libertad ni facilidad, que le imponía otra tenacidad a sus ansias, a su determinación, a su cuerpo que no estaba dispuesto a tener sueño ni fatiga. Comenzó a ver con incredulidad que el agua penetraba a borbotones por numerosas hendiduras en el suelo de la barca. Y

tuvo dificultad en concentrarse. La cabeza le pesó y se movió sin voluntad. De repente quiso vomitar. Mono Blanco le ordenó que chupara limones. Después de varios limones se sobrepuso al mareo intenso y violento. Cuando lo vio mejor, Mono Blanco le pidió que tomara las cuñas de madera. Le gritó primero, y Ramón reaccionó con lentitud.

—Con el martillo clava las cuñas por donde veas que el agua entra en la lancha —le explicó—. La madera es porosa, porque es de cedro. Las lanchas no se hacen con esta madera.

Ramón comenzó a tapar los orificios con esfuerzo. Poco a poco las cuñas de madera se fueron hinchando y sellaron las fisuras. Tapó cuarenta, quizás cincuenta hendiduras. Con el bote de hoja de lata sacó el agua que se había acumulado en la embarcación. Mono Blanco le pidió que lo ayudara de nuevo con los remos.

La isla permanecía muy cercana, como si estuvieran fijos en el mar y no avanzaran. Mono Blanco iba remando en la proa. Ramón lo veía inclinarse una y otra vez, rítmicamente. Largo tiempo después Mono Blanco gritó:

—Aquí, en el mar, recuerda, yo me encargo. Pero cuando lleguemos a tierra, la responsabilidad será tuya. Ahora guarda nuestra ropa en esa bolsa —ordenó Mono Blanco—. Estaremos sólo con el calzón de baño, así podremos maniobrar mejor en caso de que por algún accidente se voltee la lancha.

Remaron la noche entera en silencio, sin dormir. Poco antes de que amaneciera bebieron unos sorbos de agua. La luz iba cambiando el mundo. Con la tenue luz que se abría en el firmamento el color del mar parecía concentrarse y descender poco a poco, retirarse hacia lo profundo. Ahora las aguas dejaban a flote un azul espumoso y ligero para recibir la aurora. Una sustancia casi tangible, material, traslúcida, comenzó a fundirse en el horizonte como el veteado del mármol, dejando pasar, como a través de una fisura, una fresca brisa. En el amanecer la luz parecía una mole cambiante, brillante, que labraba a voluntad el firmamento y desplegaba sobre el mar su radiante y gradual luminosidad. Era un ser vivo que se transformaba, inmenso, en el mundo, y a través del cual querían huir, alejarse de la isla, llegar a una distancia donde nadie los sujetara. Cuando el horizonte se transformó y la luz abarcó el espacio entero, con

sorpresa, con estupor, vieron la isla otra vez cerca.

—¿Por qué no nos hemos alejado? —preguntó Ramón.

—Cada brazada nuestra es un paso en el mar —explicó Mono Blanco—. Si hubiéramos venido todos, cada remada sería de seis pasos. Nos alejamos, pero con lentitud.

El calor y el sol comenzaron a fustigarlos. Sentían el peso quemante en los cuerpos desnudos. El tacto pegajoso del sol ardía en la piel con el paso de las horas, a lo largo de la inmensamente lenta marcha de la mañana. El mundo pareció más cóncavo al mediodía, como si el abismo se invirtiera en el universo y la bóveda celeste fuera un inmenso pozo donde todas las cosas vivas se precipitaran en el vacío. No era posible sujetarse de nada, avanzar hacia ningún sitio, llegar a una zona segura, protectora.

Muy avanzada la tarde, con la cabeza ardiente, Ramón dormitó una hora; después Mono Blanco. El tiempo también comenzó a extenderse en el firmamento, a desplegar un cuerpo interminable donde todo se detenía en el mar, concentrado en sí mismo, absorto en su oleaje que no se aleja ni huye de su propia corpulencia. Como si el tiempo fuera un eco del ondulante cuerpo marino que sólo asomaba al golpear delicadamente la embarcación, al oponerse suavemente a los remos, al extenderse en ese brillo profundo de metal azul. Al atardecer el color del mar volvió a cambiar: parecía ascender lo oscuro desde las inmensas aguas, condensarse como una mole de piedra negra, antes de que la noche empezara a fundirse. La isla parecía a igual distancia, ahora ensombrecida. El mar se agitó, pareció elevarse.

—Cuidado —dijo Mono Blanco—, así ocurre en altamar, pero traemos buena embarcación.

Esa noche, mientras comían, comenzaron a ver en el oleaje las sombras de los tiburones. Uno avanzó hacia la embarcación y se detuvo junto a ellos. Ramón los había visto a menudo por las orillas de la isla, entre los pilotes del embarcadero de Balleto. Pero era extraño ver ahora ese lomo tan cerca, en medio del mar. Ramón sintió que Mono Blanco y él invadían ese espacio, que eran intrusos en el oleaje oscuro y denso. Ahora el mar era hueco. Crecía como una concavidad oscura que nada dejaba oír sino su agitado aliento, su vaivén incesante, su oscuridad cada vez más cerrada, íntima, intraspasable. Como si hubieran quedado atrapados en ese hueco repentino del mundo y los

tiburones acudieran a ellos para advertirles que en ese vacío del mar no estaban solos, o que nada, quizás, quedaba a solas.

—Ramón, el capitán dice que a cincuenta metros ya no es posible hacer blanco.

El capitán interrumpió:

—Yo explicaba que con una pistola pequeña es imposible hacer blanco a más de cincuenta metros.

—Pues este compañero con cualquier arma a cincuenta metros hace tiro —insistió Arturo Gámiz.

—¿Qué arma trae? —preguntó el capitán.

—Una pistola .32 —respondió Ramón Mendoza, mostrándole la pequeña pistola.

—Veamos —aceptó el capitán.

Pusieron dos blancos. Ramón apuntó. Sabía que debía tomar medio grano para acertar. Así fue. Le pegó a un blanco .

Era un equipo de exploración petrolera. Abríamos brechas en la selva al sur del estado de Veracruz y de Tabasco. Producíamos temblores artificiales a base de explosivos. Teníamos que transportar la dinamita y los aparatos por las brechas a lomo de bestias o de trabajadores. Y la proximidad de la dinamita le produce a uno un fuerte dolor de cabeza. ¿Has cargado la dinamita en cajas, Saturnino? Produce mareo, te lo aseguro. El capataz era suizo, se llamaba Robert. Era una empresa extranjera. Un ingeniero joven empezó a tener un comportamiento muy raro. Una noche salió gritando de su carpa con un hacha en la mano y nos persiguió a todos. Nos dimos maña para lazarlo, claro, lo sujetamos bien y lo mandamos al campamento de los gringos, a Huapacal. La locura es un peligro en la selva. Pero también en el desierto. No se diga en el mar. Como tú dices, la locura la traemos todos, pero no siempre sale, prefiere no asomarse. Ve tú a saber. Pero me siento seguro sabiendo que el mar está cerca. Y no porque verdaderamente uno esté seguro cerca del mar. El penal de las Islas Marías estaba rodeado de mar y no por eso estábamos seguros, ¿verdad? Y menos con la selva.

Al amanecer empezaron a escuchar a lo lejos un ruido ronco. El ruido fue creciendo y acercándose.

—Ahí te hablan —dijo Mono Blanco.

—¿Quién?

—Pendejo, cuando estés colgado por los aires vas a saber. Dime adiós ahora, porque no podrás entre los tiburones.

Oyeron más cerca y más prolongadamente el ruido. Tenía razón Mono Blanco: era una avioneta.

—Echa para acá la manta —apremió.

Ramón tomó la argolla de la manta enrollada. La manta azul se elevó y Ramón la pasó por encima de la cabeza. Sintió el olor de la tela, un olor distinto al del mar y al del sudor. Mono Blanco la recibió y la tendió hacia delante, cubriendo por completo la lancha. El calor era sofocante, pero gozaron momentáneamente bajo la sombra.

—No sé cuánto tiempo tendremos que estar así —gritó Mono Blanco—. Lo que importa ahora es no quedarnos dormidos por el calor.

La lancha flotaba a la deriva. La avioneta zumbó cada vez más cerca. Luego se retiró. La oyeron alejarse y retornar; luego alejarse de nuevo y después pasar quizás exactamente por encima.

—¿Crees que se dieron cuenta? —le preguntó a Mono Blanco.

—Mientras mantengamos el lienzo extendido, el mar los confundirá. Desde la avioneta no verán nada.

La avioneta regresó una vez más y luego comenzó a retirarse.

—Ya no se oye más.

—Hay que aguardar otro rato —insistió Mono Blanco.

Oyeron un ruido muy lejos. Después, nada. Mono Blanco se incorporó lentamente.

—Sí, ya se fue. Ahora hay que enrollarla de nuevo.

Ramón sudaba copiosamente; recibió el lienzo y comenzó a enrollarlo.

Al día siguiente volvieron a escuchar la avioneta. El ruido era mucho más fuerte y se propagaba en más direcciones. Se cubrieron con la manta de nuevo. Oyeron zumbar los motores en ambos lados. Comprendieron que eran dos avionetas. Mono Blanco estaba tendido boca abajo, sujetando la manta con una mano; después, cuando se cansaba, con la otra. Ramón permanecía ovillado bajo el asiento, temeroso de que los calambres pudieran prenderse de sus piernas.

—¿Estás bien? —preguntó Mono Blanco, cuando habían permanecido bajo la manta quizás dos horas.

—Sí —contestó Ramón.

Por la voz, Mono Blanco se dio cuenta de que Ramón se sentía mal.

—¿Estás seguro? —preguntó minutos más tarde.

—No, pero con las ansias de salir se acostumbra uno a todo.

Escuchaban los motores muy cerca; a veces muy distantes, a ratos muy próximos. El ruido de los motores parecía descender y luego alejarse. Posiblemente los pilotos efectuaban vuelos circulares. A mediodía desapareció el ruido. Ya con un calambre en una pierna, Mono Blanco retiró la manta. El sol los cegó. El mar reverberaba como un espejo, hervía.

Por la tarde durmieron varios momentos, alternadamente. El que se mantenía despierto continuaba remando. En dos ocasiones Ramón tuvo que golpear con el remo a Mono Blanco, por la espalda, hasta que despertara. A ratos, se echaban con el bote agua de mar en la cabeza, para alejar el sueño. El sol les había ya lacerado la espalda y las piernas. Habían tenido calambres en varias ocasiones, pero las islas no se veían ya en el horizonte.

—Aquellos hicieron muy bien en no fugarse —dijo Mono Blanco—. Qué bueno que se arrepintieron. ¿Te imaginas? Si vinieran llorando aquí, ¿qué haríamos? Ya nos hubiéramos puesto a llorar todos.

Sin él no nos hubiéramos ido nunca, lo pienso ahora. Porque no sabía quién era yo. Desde luego supo que me llamaban el gatillero del norte y que eso era ley ahí. Pero ignoraba en qué trinchera había participado. Supo que maté a un comandante de policía y a algunos militares, pero no más. Los otros muchachos sí sabían. "Bueno", dijo Mono Blanco, "ya el trabajo está listo, ahora necesitamos esperar. Necesitamos que haga su cuarto la luna. Yo les aseguro que ahora no hay pescadores, no hay nada, que el mar está limpio. ¿No se han fijado que sube mucho la marea? Es que está haciendo efecto la luna, porque hoy se estrenó, acaba de entrar. Necesitamos esperar ocho días." Me gustó lo de la luna, que eso lo trajera en su lista. Luego agregó: "Es muy conveniente no volvernos a juntar sino hasta el día de la fuga". Yo intervine: "Nos reuniremos un día antes, para ajustar algunas cosas. Todos debemos comprar provisiones, diferentes cosas". Entonces Mono Blanco pidió cuatro metros de manta color azul marino. "Es para que cubra toda la lancha y que cuelgue un

poquito." Le di el dinero. Más tarde me explicó que era para que la embarcación hiciera confusión con una mantarraya. Fue a comprarla y no le preguntaron para qué la quería. Le puso un alambre por los dos lados y la ató a un palito del ancho del lienzo que arregló muy bien. Luego esa noche fijó el lienzo a la lancha con un alambre para deslizarla. Era muy ingenioso. Todos compraron lo demás, agua, latas de sardinas, galletas. Cuatro galones de agua. Dijo Mono Blanco que eso bastaba para los seis, porque en una sola noche llegaríamos a la costa. Fuimos a guardar todo por allá, en las orillas. Yo les advertí: "Bueno, quiero que mañana, saliendo del toque de lista, cada quien tome rumbos opuestos y nos juntemos aquí". Pedí permiso al encargado de la fábrica donde yo trabajaba, una henequenera. Me dijo: "Sí, cómo no, con mucho gusto. Usted casi no pide permisos". Luego fui a hablar con el sargento Carranza: "Oiga, deme permiso para no pasar lista mañana. Quiero cazar pericos". "Te doy el permiso para faltar a la lista de la mañana pero pongo dos condiciones: tienes que venir a la lista de la tarde y traerme un perico a mí también." Era muy gordo. Y todavía está esperando, yo creo. Se quedó esperando el perico.

—¿En cuánto tiempo llegaremos a la costa que buscamos? —preguntó Ramón.

—Si remamos como hasta ahora, dos días más, por lo menos.

Ramón permaneció callado mucho rato. Luego volvió a hablar:

—Entonces no nos alcanzará el agua ni la comida.

Mono Blanco tardó en responder.

—Tenemos que racionarnos más —propuso.

—No es posible. De comida disponemos de una ración más. De agua, dos o tres sorbos cada uno. Es todo.

Mono Blanco guardó silencio; parecía no haber escuchado o estar atento a otras cosas. Ramón pensó en repetirle lo mismo pero se contuvo. Mono Blanco levantó la vista hacia el cielo.

—Entonces retrasemos esa comida lo más que podamos —dijo pausadamente.

—El agua es lo más importante, creo yo —in-sistió Ramón Mendoza.

—Lo más importante es llegar a aquella costa —contestó Mono Blanco, sin volverse a mirarlo.

Fue una sensación extraña. Habían transcurrido cuatro días. El mar era un universo convulso que devoraba y ensordecía las cosas. El sol se plegaba al inmenso cataplasma del océano y lo hacía resonar, brillar, absorber la vida, aspirar y ensordecer todo lo que quisiera vivir, todo lo que ingenuamente se propusiera escapar de su fuerza, de su potencia ruidosa, de su inacabable aliento acuoso y salado. No tendrían alimentos. No tendrían agua. La muerte de pronto surgió con un zumbido incesante que se proponía acortar las cosas más extensas e interminables, aun el afán de remar, de respirar, de conservar la comida. Era otro látigo tenaz de sol en las llagas de la espalda.

—Si hubiéramos venido los seis, hubiéramos llegado en la primera noche —repetía Mono Blanco.

Quizás al cabo de unos minutos, o una hora después, no estaba seguro. Ramón alzó la voz para gritarle a Mono Blanco:

—No pienses que vamos a morir. Resístete —exigió.

En silencio, ambos se pedían resistir.

Una tarde el jefe de la brigada no regresó al campamento y salimos a buscarlo. Recorrimos una y otra vez las brechas que habíamos abierto e hicimos ruido toda la noche, disparando armas al aire. Esto era cerca de Coatzacoalcos, ¿has oído de ese lugar? En Veracruz. Nos agotó la humedad de la selva, el calor, los moscos. Abríamos brechas a filo de machete. La simba es una especie de bambú de color siempre verde. Su diámetro es semejante al de la caña de azúcar. Es muy duro y muy difícil de cortar con el machete. Sólo se da en los pantanos donde hay mucha humedad. Tiene fuertes espinas en cada canuto de la caña. Abríamos brechas como túneles dentro del abundante follaje, brechas preliminares avanzando entre los simbales metro a metro como hormigas. Encontrábamos caseríos y campamentos abandonados de compañías extranjeras. Al segundo día pedimos ayuda a otras brigadas para localizar al jefe y sólo se extendía la inmensidad de la selva. Muy desanimados regresábamos al campamento después de la jornada, cuando en un lugar de la selva donde no había mucho follaje, un ingeniero se subió a un árbol para observar mejor. Luego nos señaló una dirección y empezamos a abrir brecha de nuevo, porque ya empezaba otra vez a oscurecer. Al rato encontramos jirones de su ropa entre las espinas del simbal en que se había metido, luego encontramos su pañuelo y su reloj tirados en el lodo del pantano. “Por aquí debe estar, denle duro a los machetes”,

gritaba aquel ingeniero. Y sí, ahí estaba privado del conocimiento, tirado boca arriba en el lodo, medio desnudo y cubierto de moscos y de alimañas, pero vivo. Lo sacamos a rastras. Decía incoherencias. El ingeniero le dio un trago de brandy que cargaba en la mochila y eso lo reanimó y lo pudimos llevar al campamento. Luego se fue a recuperar a México y nosotros seguimos como hormigas, tratando de avanzar en la selva. Pues el ingeniero que se subió al árbol nos dijo que no sabía si fue una ilusión suya o no, porque oyó una voz casi en el oído, a veces lejana, pero como si le llamaran al oído. Era imposible oír una voz de un agonizante en la selva, por eso el ingeniero dijo que quizás un ángel le había hablado al oído. Nosotros decíamos que al jefe de la brigada aún no le tocaba, y que por eso lo hallamos. Pero la selva es inmensa y a veces no sabe uno con quién habla.

Al día siguiente apareció la silueta de la costa, la línea oscura de una distante sierra. Sintieron que ellos la miraban desde arriba del mar y que descendían hacia ella. El horizonte se extendía colmado de nubes y de una brillantez que se agitaba como el oleaje azul y oscuro del océano. La respiración del mundo los suspendía en la inmensidad del vacío, en la inutilidad de su esfuerzo. Sintieron que ahora no remaban para surcar el océano, sino para ascender en el horizonte donde atardecía, en la claridad lentamente enrojecida de vetas marmóreas donde el inmenso oleaje parecía reflejarse. El firmamento fue tornándose más tangible y más distante, más gigantesco y más impasible. Ahora, en el horizonte, no en el mar, existía la costa que buscaban, la costa que podría cambiar la respiración del mundo.

Decidieron comer la última ración al atardecer. Cuando anocheció, Mono Blanco durmió una hora, luego Ramón Mendoza. La silueta oscura de la sierra parecía estar ahora más abajo; parecían ellos continuar descendiendo por una montaña de agua, contemplar desde una cima la lejana costa. Con el oleaje aparentemente sosegado, a media noche surgieron bultos en el mar. Parecían flotar nada más. Pronto la mancha de lomos aumentó desmedidamente. Mono Blanco dijo en voz baja:

—Recoge tu remo. No hagas ruido.

Guardaron silencio varios largos y tensos minutos. Numerosos tiburones habían rodeado la embarcación, la rozaban con sus cuerpos acerados y oscuros, tropezándose entre ellos, jugando.

Ramón Mendoza sintió que el calor le ascendía desde los pies y reventaba en el estómago. A Mono Blanco llegaba el miedo de otra manera: como un súbito golpe en el plexo y en la garganta. Algunos tiburones embestían la embarcación de manera constante. Los golpes crecieron en fuerza. Un ruido seco, distinto al del oleaje, distinto al de la respiración que intentaban contener, sonó en las maderas de la lancha. Mono Blanco señaló en el piso el bote de hoja de lata con que vaciaban el agua filtrada en la embarcación. Ramón notó algo extraño en Mono Blanco. Lo comprendió cuando la embarcación se cimbró con el golpe violento de dos tiburones. Los ojos de Mono Blanco mostraban pánico.

—Toma el bote y suénalo. ¡Suénalo, pero pronto y fuerte! —gritó Mono Blanco desesperado porque los tiburones regresaron a jugar con la embarcación y volvieron a cimbrarla.

Ramón empezó a sonar el bote contra el suelo, ansiosamente, como si cavara en la tierra y topara con una roca que quisiera hacer pedazos. No escuchaba un ruido suficiente para el miedo, así que golpeaba con más fuerza, lastimándose las manos. De pronto oyó algo semejante al silencio. Los tiburones se habían retirado. No se veía ningún bulto, ninguna mancha en el mar. Habían huido. Un hueco se abrió en el silencio. No como el hueco de un pozo, sino como el de una presencia, el de un presentimiento. Un hueco repentino de la vida. Una nueva huella en la noche, en la corpulencia oscura y espumosa del mar, en el olea-je que parecía retirarse por un instante para volver a cubrir todo lo que estuviera a la intemperie en el mundo.

Hacia las dos de la mañana sintieron crecer el quieto bulto azuloso de la costa. Era como si el horizonte también formara parte del mar que debían surcar, como si el poderoso torso del horizonte descendiera al oleaje e hiciera más densa el agua donde se hundían los remos. En el mar se confundía la luz enrojecida que ascendía por el horizonte, que brotaba como una rajadura formidable de madera en el cuerpo del cielo, en el oriente al que se dirigían, al que deseaban tocar. El lento, poderoso, cegador surgimiento del sol doraba el mar, lo agitaba, lo tornaba más denso. Pero el sol ascendía ahora desde las montañas. Era el imán que los cegaba y los absorbía. Que iba iluminando el mundo, la lejana costa, el vasto oleaje, la

arrogante agua que los remos no podían disolver. La luz modificó el mundo, arrojó nuevas cosas a la superficie del mar. Con el amanecer distinguieron a la distancia, en la orilla de la bahía, como pequeños puntos oscilantes, muchas lanchas de pescadores. Algunos de ellos zarpaban apenas, otros se hallaban ya en alta mar, como si se hubieran acercado a recibirlos. Desde una de las barcas que llevaban las redes sujetas a la popa los saludaron. Lo mismo hicieron en otras embarcaciones. La bienvenida les dio temor. Remaron con prisa, con doloroso ahínco.

—Pueden delatarnos —apremió Mono Blanco.

“Si voltea la lancha algo, algún animal”, me dijo Mono Blanco, “maniobraremos mejor así, sin ropa. No sé si será posible recuperar la embarcación, pero así duramos por lo menos una media hora más”, dijo. El mar le parecía muy natural, como estar en tierra. “Por lo menos duramos media hora más.” Quién piensa eso, ¿verdad? También me dijo que aquellos habían hecho muy bien en no fugarse. “Qué bueno que se arrepintieron. ¿Te imaginas? Ya nos hubiéramos puesto a llorar todos. Se acobarda uno y luego lo siguen los demás. Y el que iba a ser muy macizo, también se deja vencer.” No tenía letras, pero estaba muy paseado. Sabía mucho de mares. Lo supe cuando veníamos. Antes nada. Él dijo cómo hacer las tablas y cómo construir la embarcación. Pero lo más importante era que había navegado en los mares y de eso no nos contaba. Yo les había dicho a los seis: “Llegando a la orilla me encargo de ponerlos a todos a buen recaudo. Por la sierra, por donde sea, pero yo los voy a sacar del peligro”. Y según me dijeron despegaron tres avionetas de las Islas Marías para buscarnos. Pero lo hicieron al tercer día. Primero pensaron que nos habíamos emborrachado. Porque allá se acostumbra hacer tepache y algunos lo hacen tan fuerte como un licor. Dijeron: “Éstos ya se pistearon por ahí. O han de estar escondidos. A lo mejor están escondidos y tienen miedo”. Ya después ordenaron: “Paren la búsqueda”. Empezaron a aprehender gente, a los que se juntaban con nosotros. Incluso detuvieron a los compañeros que se iban a fugar. Pero ellos no soltaron prenda. Sí, tenía razón de sentirse seguro en el mar. Había andado en muchas cosas. A lo mejor anduvo navegando mercancías ilegales, porque ¿cómo sabía tanta treta del mar?

Nos buscaron con avionetas varios días. Por lo menos fueron dos días. Yo sabía que nos buscarían así, porque ya lo había visto en

otros casos. Por eso me previne con la manta azul. Se ve como una mancha en el mar. Se pierde en el color del oleaje. Prefiero las lanchas y los barcos a las avionetas, claro. Una vez nos estábamos acomodando en la pequeña cabina de una avioneta que nos llevaría de Salto de Agua a Pichucalco. Yo andaba en las brigadas que abrían brecha para tender la ruta del ferrocarril de Coatzacoalcos a Yucatán. También aquí ustedes usan avionetas, ¿verdad? El gatillero me contaba que en muchos lugares de la sierra de Chihuahua y de Sonora la avioneta era más útil que las trocas o los caballos. Lo que son las cosas, están en la sierra, en lo alto del mundo, y todavía tienen que volar. Pues fíjate que nos estábamos acomodando en la avioneta y una señora gorda, con vestido nuevo, muy dominguero, o sea, de fiesta; una señora de la localidad, se apretujaba ahí con nosotros, en la incomodidad de la cabina. Y hasta a mí me llegaba el olor del vestido nuevo, el olor a tela nueva, recién estrenada. El ayudante del piloto le quería dar vuelta a la hélice de la avioneta, dar cran a la hélice, decían. Y se esforzaba mucho pero sin ningún resultado, pues el motor no encendía. El piloto se impacientó y se abrió paso entre nosotros. Ya que logró bajarse, él mismo le dio cran a la hélice. ¿No has visto eso? De pronto se encendió el motor y la avioneta avanzó dejando al piloto en tierra; él corrió para subirse de nuevo y luego trató de detener el aparato tirándole de un lado de la cola y la avioneta hizo un pequeño giro y se salió de la pista, que era un terreno aplanado a fuerza de machete y bestias, un terreno salvaje. Ya fuera de la pista el aparato se detuvo empinado en la orilla de un río cercano. Se detuvo bruscamente y todos tratamos de salir de la cabina en completo desorden. La primera en intentarlo fue la señora gorda; como desde atrás todos la empujábamos, ella se enredó en su vestido nuevo y desde el empinado aparato cayó en la orilla del río. Nosotros, desesperados, al salir de la pequeña cabina caíamos y caminábamos sobre la señora gorda que se debatía en el lodo con su vestido nuevo. Después logramos sacarla del lodo. Luego festejábamos con grandes carcajadas el percance que buen susto nos había dado. Pero no me gustan esos aparatos, no, para nada.

Al fondo crecía la sombra verde y oscura de las montañas. Una sierra en cuyas faldas lentamente empezaban a distinguir llanos, palmares. El mar parecía cambiar su corpulencia azul, agitarse, elevarse sobre la tierra, dejarlos avanzar hacia la costa. El sol comenzaba de nuevo a quemarles los brazos, el pecho, la cabeza.

Cerca de las diez de la mañana distinguieron con claridad la vegetación y una bahía. Ahora la costa ya no estaba abajo, se hallaba a la misma altura del mar. Ramón Mendoza se volvió hacia el océano. A su espalda el oleaje inmenso elevaba su corpulencia contra un cielo despejado.

Distinguieron aves marinas en la costa y los esbeltos y distantes muelles de pescadores. El olor del mundo cambiaba. Las formas también. Ya el mundo no sólo era agua, cuerpo inmenso de agua. La tierra firme dejaba oír también su vida, su vigor, su color, su abundancia de superficie segura y protectora. El crascitar de pelícanos y gaviotas fue más intenso cuando comenzaron a entrar en la bahía. Hileras simétricas de pelícanos volaban a ras de las olas. Algunos pelícanos flotaban en el mar y agitaban a veces las alas. Arriba volaban parvadas ruidosas y nerviosas de gaviotas, que se apartaban o se compactaban conforme los designios de la brisa. El vuelo de las gaviotas tenía un atractivo más para Ramón Mendoza: parecían custodiar y celebrar la montaña, los oscuros y verdes acantilados, las palmeras, los macizos de la sierra que los esperaban al fondo de la tierra firme, en esa otra parte del mundo que ya sentían próxima. La bahía se transformó conforme penetraban en ella. Se hizo inmensa y se sintieron otra vez vulnerables, expuestos. A lo lejos, en los pilotes de los muelles donde se mecían algunas embarcaciones de pescadores, se hallaban posadas gaviotas, pelícanos, tijeretas. Mono Blanco dirigió la embarcación hacia la costa, lejos de esa bahía. Sobre los acantilados, sobre las peñas elevadas contra las cuales se rompían las olas, volaban pelícanos en pequeñas parvadas. En los muros de roca corrían ágilmente abundantes cangrejos oscuros, que las olas no lograban arrastrar.

Se acercaron a tierra al pie de un acantilado. Mono Blanco eligió para meter la barca un recodo donde abundaban grandes piedras redondas. El oleaje era violento en esa zona y no era fácil controlar la lancha. Mono Blanco saltó de la embarcación para afirmarse en el fondo empedrado, pero una ola impetuosa golpeó potente en la orilla y se regresó con tal fuerza que volcó la embarcación. Ramón intentó nadar para recuperar la bolsa donde habían guardado la ropa.

—¡No importa! —gritó Mono Blanco—. Sujeta la lancha, que no la arrastre el mar. Que no nos la quite.

Otra ola arrastró la lancha hasta las piedras. Ramón dejó de sujetar la lancha y se cercioró de que aún traía atados en el pantalón corto, envueltos en plástico, el dinero, la sal y los fósforos. Con la vista buscó en el oleaje la bolsa de ropa; no vio nada. Mono Blanco lo esperaba de pie entre las rocas. Uno a cada lado, ayudándose con piedras redondas, empezaron a desclavar y destruir los tablones de la barca. Arrojaban los pedazos de tablas al mar.

La gente imagina que siempre va a vivir. Creo yo que eso siente, pues. Porque se propone las cosas muchas veces por casualidad, como si sólo quisiera entretenerse un rato. Por eso me molestó la cobardía de los compañeros. Quizás nunca creyeron que construiríamos la embarcación, por ejemplo. Cuando Mono Blanco y yo aceptamos entrar en esa inmensidad que es el mar, regresaron a su mentalidad real: no quisieron fugarse porque nunca aceptaron que ese día iba a llegar. Así pensamos de la muerte, que ese día no va a llegar. Y cuando llega no podemos decir que no. Yo creo que eso les pasó a los compañeros. No comprendieron lo que se habían propuesto. ¿No cree usted que así sucedieron las cosas? Por eso los seres humanos somos fáciles de entender, en verdad. Aunque a veces no podamos hacerlo con nosotros mismos. Tenemos miedo a realizar lo que nos proponemos. ¿Por qué guardaron el secreto, por qué se arriesgaron, por qué trabajaron? Nos dejaron solos a Mono Blanco y a mí. No lo podía entender. Sé que se acobardaron. Pero también quizás ése no era el motivo principal. Sino la incredulidad. Y la costumbre de vivir por casualidad, distraídamente.

Yo sabía que los compañeros no querían fugarse del penal. A veces soñaban con surcar el mar, con ser libres. Pero el gatillero sí me sorprendió, porque no sabía nada del mar, de embarcaciones ni de selva, y le vi el deseo de fugarse a cualquier precio. No tenía idea del sacrificio, pero no le importaba. Eso me dio confianza. Porque nadie puede arriesgarse en el mar sin contar con un apoyo firme. Imagínate ya en alta mar y con todos arrepentidos o llorando de miedo, qué espanto. "Qué escándalo sería", decía el gatillero. Tampoco ellos conocían el mar, pero le temían. Era más grande su miedo que su deseo de libertad. Eso lo veía yo en sus ojos. Lo sentí cuando me ayudaron a construir la embarcación. Para mí no fue sorpresa que se arrepintieran. Yo me decidí por la seguridad del gatillero. Y no me

equivoqué. Necesitaba un compañero para atravesar el mar. Y sobre todo para atravesar después tanta tierra, tantos lugares, ¿verdad?

Cuando los restos de madera flotaban en las olas, Mono Blanco dijo, agitado aún:

—Ya estamos en tierra. Ahora es tu turno.

Se dieron un apretón de manos.

—Yo me hago cargo ahora —aceptó Ramón—. Tú dijiste que eras bueno para las cosas de mar.

—Y ya ves, ya te traje. Dices q-e aquí en tierra nadie te atrapa.

—Así es, ahora viene mi parte.

Ramón propuso que avanzaran hacia un bordo cercano. Subieron rápidamente y se encontraron con un canal de agua dulce que se extendía en medio de árboles y cultivos. Se sumergieron en la corriente y la frescura del agua los fortaleció y pareció calmar el dolor de las llagas de la espalda y las piernas. Quisieron beber y un dolor los estremeció.

—Siento que me quema —se quejó Mono Blanco.

—Sé cómo sientes, parece que te van cortando por dentro.

Intentaron tomar otro sorbo, sobreponiéndose al dolor. Fue imposible, sólo pudieron mojarse la boca. Oyeron un ruido de motor, lejano pero nítido. Salieron del agua y subieron sigilosamente por el bordo. Al asomarse vieron un buque guardacostas detenido en la bahía, a doscientos metros de donde ellos se hallaban.

—Son de la Marina —dijo Mono Blanco—. Son gobierno.

Permanecieron en el bordo, atentos a los movimientos de la tripulación. Minutos después, el buque comenzó a alejarse hacia el norte, internándose en la extensa bahía.

—Asegurémonos de que las tablas de nuestra lancha no siguen atoradas entre las rocas —dijo Mono Blanco cuando el guardacostas se perdió de vista detrás del acantilado.

Se incorporaron y corrieron hacia la costa. Entre las abundantes piedras encontraron aún varias tablas sobrantes de la barca destruida. Las arrojaron al mar de nuevo. Las vieron regresar, detenerse, alejarse, confundirse con el graznido de las gaviotas y los pelícanos que volaban ordenadamente, como una escuadra numerosa. La tela azul estaba atorada entre las piedras redondas. La dejaron ahí. Regresaron al canal de agua dulce.

Antes de media hora el ruido de otro motor los alarmó. Ascendieron de nuevo por el bordo. Eran policías rurales que patrullaban en una camioneta abierta; se habían detenido muy cerca y conversaban vueltos hacia la bahía. Ramón y Mono Blanco los estuvieron observando, hasta que se retiraron. Luego regresaron inquietos, con menos sueño y atenazados por el hambre.

—Ahí podríamos hacer una lumbre y asar elotes.

Ramón señalaba una milpa que estaba semi-oculta entre los palmares, al fondo del canal. Tenían dos días sin comer. Se introdujeron en la milpa. La tierra estaba húmeda y los pies se hundían ligeramente a cada paso. Rápidos y ávidos cortaron mazorcas.

—Ahora vamos hacia allá, para preparar la lumbre.

Caminaron de prisa por la orilla hacia un grupo de sauces que desplomaban su follaje sobre la corriente de agua. Ramón desató del pantalón corto los fósforos y la sal que traía envueltos en plástico. Encendió la lumbre con ramas pequeñas y delgadas; luego colocó ramas gruesas; cuando éstas comenzaban a arder, arrojó algunos elotes.

—Traemos hambre de dos días, Ramón. Yo comería más.

—Echemos más a la lumbre, pues.

Arrojaron más elotes y pronto ascendió el aroma del maíz dulce y tierno. Ramón apartó del fuego la primera mazorca asada, la partió y le dio una mitad a Mono Blanco. Al comer los primeros granos sintieron que les iban cortando la garganta. No habían podido beber agua a pesar de la sed. Ahora, a pesar del hambre, no podían comer porque el dolor era atroz al deglutir. Contemplaron con tristeza las mazorcas en la fogata.

—Tenemos que seguir soportando el hambre —concluyó Ramón—. Pero otra cosa muy distinta es negarse a dormir.

Apagaron el fuego y se aproximaron al sauce de más follaje.

—Duerme primero tú y luego yo —indicó Ramón.

Mono Blanco se tendió en la tierra y durmió de inmediato. Ramón se mantuvo despierto, tratando de refrescarse las llagas de las rodillas y la espalda. Advirtió con sorpresa que su cuerpo seguía sintiendo el bamboleo del mar; estaba en tierra firme ya, bajo la solidez de la montaña, protegido por la mansedumbre de la vegetación, pero su cuerpo todavía sentía el oleaje, la oscilante resistencia de los remos en la espesura del mar. Oyó otra vez un

ruido distante de motor. Acudió al bordo: vio pasar otro guardacostas, o quizás el mismo, pero más distante, en los límites de la bahía.

Regresó a la sombra de los sauces. Mono Blanco no había despertado, seguía inmóvil, con la espalda llagada, quemada, oscura como otra parte de la tierra. Para no correr el riesgo de quedarse dormido, Ramón se mantuvo de pie, mirando el estero, las palmeras, la montaña azulosa y poderosamente vegetal, contundente, altiva. Los esteros lo aquietaban. Era una sorpresa ver el agua en calma, con numerosas garzas posadas en la ribera, en arbustos, en tules, en el centro de los esteros. No era el mar, no era la costa. Era un agua acogida por la tierra, una especie de entrada en el mundo, en una conciliación de poderes y luces, de vida y paisajes, de peligros y salvación. Un secreto parecían contener los esteros, una memoria de extraviado mar, una humanizada condición: era la belleza del agua en la tierra, ya no el inmenso mar, ya no la inmensa lucha contra el mar. Era el silencio, la cercanía, la intimidad de las cosas verdaderas.

Dos horas después Mono Blanco despertó agitado; permaneció aturdido un momento. Ramón se acercó.

—Tenemos suerte. No ha pasado nadie.

Esperó que Mono Blanco se incorporara y acabara de despertar. Luego agregó:

—Si notas algo, despiértame.

Mono Blanco sentía hambre, pero el dolor en la garganta por haber tratado de comer aún no desaparecía. Le pesaba la cabeza. Se puso de pie y dio algunos pasos bajo los sauces, sin alejarse, atento a los cambios del viento y a los posibles movimientos de animales cercanos. El rumor del agua en las acequias comenzó a apaciguarlo. Oía la algazara de las aves, de los cuervos, de las gaviotas que se alejaban y retornaban a la costa. A lo lejos, en medio de los esteros, entre los mangles, se hallaban posadas y quietas numerosas y pequeñas garzas con la blancura que siempre le había sorprendido. El agua era su elemento. Sentía la seguridad del agua en el mar, en los ríos, en los desbordes torrenciales, en las inundaciones. El agua era previsible, segura, viva. Pero la tierra lo intimidaba. Las montañas, toda la sierra que ahora podía mirar, oscura, azul, desde los sauces, lo inquietaba. Era posible decidir el destino y la ruta en los ríos o

en el mar, porque uno se halla únicamente a merced de la voluntad propia, del empeño personal. En la montaña o en la selva era imposible decidir por uno mismo: había muchas presencias, muchas voluntades de tierra, de vegetación, de animales, de campesinos. Ninguna seguridad era posible en tierra firme; las selvas o las montañas para él eran inciertas.

Buscó dónde sentarse y quizás se durmió un largo rato, porque abrió los ojos de pronto y sintió por vez primera, en muchos días, frío; una frescura que lo rodeaba desde la tierra, los esteros, el crascitar de las aves, la fuerza de la brisa entre los árboles, el ardor de las llagas que tenía en las piernas y en la espalda. Quiso recordar algo, pero no pudo. Sintió que tenía que recordar su casa, los mares del norte de España que había recorrido, algo. Pero sólo pensó en el hambre, en el desconcierto de arribar a tierra firme. "Estamos en Nayarit", le había explicado Ramón; tenían que atravesar ahora esta tierra, buscar la carretera a Mazatlán, alejarse de ahí, de la bahía de San Blas, apartarse de la base naval que seguramente estaba muy próxima, según dedujeron de la presencia del guardacostas. Sentía dolor en la garganta. No entendía que se hubiera lastimado tanto, que una gota de agua lastimara tanto. "Estamos secos", le comentó Ramón; "en estas condiciones cualquier cosa nos desgarra las entrañas." Volvió a dormitar otra vez; no supo cuánto tiempo había transcurrido, pero el sol aún no comenzaba a ponerse. Ramón continuaba durmiendo al pie del árbol. Decidió despertarlo.

—Me dijiste que debíamos estar despiertos antes de que el sol se pusiera.

—Así es —contestó Ramón.

Aún somnoliento, percibió que Mono Blanco estaba inseguro, ansioso. Trató de no prestarle atención. Intentó incorporarse. Tardó en ponerse de pie. Sentía las punzadas dolorosas de las llagas en la espalda.

—Debemos saber qué caminos tiene este lugar antes de que oscurezca —afirmó Ramón, pensando en alejarse de ahí.

Regresaron por el canal hasta llegar al bordo; ascendieron por él y se asomaron con cautela. Vieron la costa sin embarcaciones. Los pelícanos y las gaviotas seguían volando ordenadamente, en parvadas numerosas y ruidosas. Bajaron el bordo y tomaron la

vereda que se extendía frente a ellos, para rodear el acantilado; luego la vereda se bifurcó hacia lugares de profusa vegetación. La vereda se acercó de nuevo al mar, ellos se alejaron y ascendieron por el bordo. Al otro lado se extendía la bahía de San Blas. En los muelles distantes se mecían numerosas embarcaciones de pescadores y en ellos y sobre los muelles se posaban y sobrevolaban parvadas de gallaretas, gaviotas y pelícanos. El mar parecía quieto, amigable. A la distancia Ramón alcanzó a ver varias palapas en la playa. Avanzaron hacia ellas. Luego distinguieron a la gente que se bañaba entre las olas. El sol comenzaba a ponerse en el horizonte. El mar y la playa se llenaban de una efervescencia enrojecida de calor, de vapor, de brisa, del vuelo excitado de gaviotas y gallaretas.

—Ahí nos vamos a vestir —dijo Ramón.

Mono Blanco no entendió. Caminaron tratando de ocultarse tras la distribución de las palapas.

—Toda esa gente que se baña en la playa debió haber dejado ahí su ropa. Esas palapas son vestidores —explicó Ramón.

En la primera palapa había pocos vestidos. En la segunda había ropa de hombre, pero muy grande. En la siguiente encontraron ropa adecuada para ellos. Ramón eligió una camisa de manta, de manga corta, y pantalones oscuros; Mono Blanco, una camisa azul de algodón y también pantalones oscuros. Luego escogieron huaraches. Ya vestidos, salieron ocultándose otra vez con la sombra de las palapas. Subieron el bordo y tomaron la vereda hacia el canal, cuando ya oscurecía. Al llegar al sitio desde donde habían observado las palapas doblaron hacia una nueva ruta, donde partía otro canal de agua dulce. Al cabo de media hora de caminar encontraron varios montones de arena. Ahí decidieron pasar una parte de la noche.

Ramón Mendoza despertó a Mono Blanco poco antes de las dos de la mañana. El dolor de las llagas en la espalda y en las piernas empezaba a disminuir, pero la supuración transparente seguía siendo abundante. Mono Blanco se resistía a despertar, o no lograba ubicarse aún en la arena, en el bordo. Ramón había escuchado a lo lejos el canto ocasional y vacilante de uno o dos gallos.

—Hay que alejarnos de este lugar —insistió a Mono Blanco, que lo miraba ya despierto.

La luz de la luna en creciente no lograba del todo disolver la densa oscuridad que se acumulaba bajo los follajes de los árboles. Volvieron a escuchar el canto distante de un gallo. Decidieron tomar la vereda del canal en esa dirección y más tarde se detuvieron un momento, para orientarse mejor.

—Ahí debe haber un pueblo —comentó Ramón.

Conforme avanzaron fueron oyendo con más claridad el canto de los gallos. Junto a uno de los sembradíos de maíz distinguieron un camión de carga y mucha gente. Se encaminaron hacia allá. Pasaron por cuatro o cinco chozas; ahí estaban los gallos, nerviosos por la gente que rodeaba el camión.

—Tenemos suerte; subamos con ellos —indicó Ramón mientras se acercaban a los grupos; había cuarenta o cincuenta personas.

Mono Blanco se resistió. Se volvía hacia atrás, hacia el camino por el que habían llegado. Temblaba ligeramente y respiraba con la boca abierta.

—Debemos confundirnos entre ellos —le insistió—. Todavía está oscuro y sigue subiendo gente.

—Podrían reconocernos.

—Eso ya lo veremos.

Subieron a la tarima del camión con un grupo de jóvenes. Buscaron espacio para sentarse. Algunos los miraron, pero sin cruzar palabra con ellos.

—¿A dónde irá? —preguntó en voz baja Mono Blanco.

—No importa. Hay que alejarnos de la bahía. Debemos llegar lo más rápido posible a una carretera. Es lo que importa ahora.

Al cabo de diez minutos el camión arrancó. Avanzó por un camino de terracería, a la orilla del canal. Había pantanos a ambos lados. Ascendieron por una parte de monte y después siguieron por canales y más pantanos. En el camión, los hombres conversaban entre sí de lo que habían pescado los días anteriores.

—Qué curiosa gente —le dijo en voz baja a Mono Blanco—. Cuando yo veo a un desconocido, "¿qué anda haciendo?", le digo, "¿a dónde vamos?" Ellos no nos preguntan. Sólo hablan entre ellos. Qué curiosa gente.

—A lo mejor no nos ven —respondió Mono Blanco.

Poco antes de una hora el camión entró en una carretera asfaltada. Se tranquilizaron de que el camión hubiera tomado la

ruta hacia el norte. Habían recorrido el camino de terracería por más de una hora y ellos habían caminado por lo menos dos; el mar seguía estando atrás, ya lejos, a la espalda del camino; ahora seguían una ruta hacia el norte. Pasaron un río, un cruce muy concurrido de la carretera, un pueblo de importancia. Varios taxis, autobuses de pasajeros y vendedores de comida se aglomeraban a los lados, en las paradas de camiones. Después de la tensión de la ruta comenzaron a aquietarse. Volvieron a sentir algo de sueño. La compañía de tanta gente, después de la soledad del océano, los arrullaba, les daba cierto calor, confianza. Se esforzaron en mantenerse despiertos para vigilar la ruta que seguían. Una hora más tarde, cerca de Acaponeta, el camión se salió de la carretera asfaltada y entró de nuevo en un camino de terracería, de nuevo hacia el mar. Mono Blanco dormía. Ramón seguía alerta. Media hora después el camión se detuvo. Estaban en un lugar donde había amplios esteros de agua dulce a un lado y otro. Empezaron a bajar los hombres. Ellos también bajaron.

—Vayamos por este lado —dijo Ramón, mientras los hombres se dirigían a los esteros.

—Nos haremos notar demasiado. Todos se están quedando aquí.

—Ellos se ocupan de organizar sus labores. Ahora es cuando menos se darán cuenta de nosotros. Pero camina sin angustia, como si fueras de aquí.

—¿Sabes a dónde vamos?

—Sé que el mar está allá y que debemos alejarnos otra vez de él. Hay que regresar a la carretera por donde venía el camión.

Nadie les prestó atención. Caminaron por la terracería. Al poco tiempo el alba comenzó a enrojecer el horizonte y a aclarar el mundo. Pasaban ya quizás de las cinco de la mañana.

Una madrugada me despertó una algarabía de trabajadores que señalaban hacia la espesura del monte. Apenas amanecía y muchos gritaban. “Yo lo vi”, decía uno. “Yo sólo vi el bulto”, decía otro. “¿Qué pasa?”, pregunté a los brecheros, con los cuales siempre me llevé muy bien. “Vimos un hombre que pasó muy cerca del campamento, pero no es de nosotros. Es un salvaje o el loco.” “¿Cómo pudo pasar cerca si aquí todo es monte y hay maleza por todos lados?”, exclamó un ingeniero. “Mírelo, allá va”, gritó uno de los brecheros. Y sí, se había perdido en el monte, en un pequeño claro

de la selva. Eran unos simbales, en verdad. Ahí se veía una figura humana, no se distinguía bien, pues estaba al otro lado del río, en medio de un simbal, como a ciento cincuenta metros de distancia. Le gritamos, le hicimos señas para que viniera. Se volvió a mirarnos un momento. Aunque no se distinguía muy bien me pareció muy moreno, sin ser negro, y con mucha barba. El ingeniero trató de verlo con catalejos, pero el hombre no nos hizo el menor caso y se perdió en la selva. ¿A dónde podía ir? No había en cientos de kilómetros a la redonda lugar habitado. Todos nos quedamos asombrados. "¿Quién sería?" "Sería el salvaje", dijeron unos. "Sería el cimarrón", dijeron otros. "No, fue el judío errante", afirmó otro más, "porque ya lo han visto por estos montes." También decían que había un loco, que antes tenían encadenado y aseguraban que "ahora ya se soltó". Te ríes, ¿eh? Ya veo. Haces bien, ya conocerás la selva, por lo menos la del penal de las islas. En tu tierra hay mucho turismo para allá. Pero nada más te cuento lo que he visto.

Llegaron a la carretera cuando el sol comenzaba a calentar con intensidad. Era muy temprano aún, pero el calor ya era abrasador. El roce de la ropa en las llagas les causaba una molestia constante, un ardor que se intensificaba por momentos. Buscaron letreros en la carretera para cerciorarse del punto en que se encontraban. No divisaron ninguno, pero debían seguir avanzando hacia el norte.

—Debemos apartarnos de aquí, para que no nos vean caminando en la carretera —le explicó a Mono Blanco.

Avanzaron entre la maleza. Al cabo de dos horas se toparon con un arroyo que los obligó a regresar a la carretera. A doscientos metros distinguieron dos letreros. Caminaron hacia ellos.

—Vamos bien —le comentó a Mono Blanco—. Nos falta un buen trecho. Después será más fácil alejarnos.

Encontraron una vereda que se mantenía a algunos metros de la carretera. Caminaron por ahí. Sentían mucha hambre, deseaban comer algo, comprobar si podían deglutir ahora sin lastimarse. De pronto, muy a lo lejos, creyeron oír música. El viento parecía sostenerla, llevarla de un sitio a otro, sofocarla, desaparecerla para que surgiera alrededor de ellos el ruido de cigarras, de tierra, de calor. Oyeron con más nitidez la música y la voz de un locutor de radio que dedicaba canciones. La voz se

demoró mucho hablando; luego dio algunos anuncios y volvió con las dedicatorias. Inmediatamente después escucharon de nuevo la música.

—Qué bonita música, ¿te das cuenta?

Siguieron caminando por la vereda, que se alejaba en ciertos tramos de la carretera. La música de radio sonaba cada vez más nítida y cercana. Y gallos, ladridos de perros, relinchos de un caballo, bramidos de vacas.

—Tiene que haber un pueblo —insistió Ramón.

A los pocos minutos toparon con una pequeña calle; al fondo de ella, lejos de la carretera, distinguieron un anuncio de bebidas pegado en un muro. Caminaron hacia allá. Era una tienda. Aunque el lugar era caluroso y cerrado, sintieron por un breve momento la frescura del interior. El piso era de tierra y el mostrador y los estantes eran de madera. Una señora, quizás de cuarenta años, atendía detrás e interrumpió la conversación con un hombre de mayor edad. Ramón saludó. La señora y el hombre contestaron con cierto recelo.

—¿Qué andan haciendo por aquí, muchachos? —preguntó ella.

—Venimos a comprar algunas cosas, señora.

El hombre se asomó a la puerta y luego regresó al mostrador. Ramón observó el arma que traía enfundada el hombre en la cintura; era un revólver calibre .38 con cachas de madera. Pensó que podría ser el delegado municipal o un comisario.

—¿De dónde son ustedes? —repitió la señora, después de algunos momentos.

—De aquí cerca, de Acaponeta —dijo Ramón.

—Yo pensaba que de más lejos —replicó la señora.

—Pues ya ve, también somos de aquí, de Nayarit. Y necesitamos, si nos hace el favor, unos paquetes de galletas saladas y dos latas de ésas.

La señora puso en el mostrador las latas de sardinas y las galletas. Ramón pidió dos botes de leche, salchichas y dos velas pequeñas. El hombre había vuelto a asomarse a la puerta y regresaba al mostrador. Los observaba, sin hablar.

—Pues pensé que no eran de aquí —insistió la señora.

Ramón se rió suavemente.

—Pues ya ve, feos, pero somos de aquí.

El hombre armado permanecía callado, sin intervenir. Ramón

pagó y salieron de la tienda. Tomaron la calle en el sentido opuesto al que llegaron. En la primera esquina dieron vuelta. Miraron hacia atrás por encima del hombro; distinguieron al hombre armado en la puerta de la tienda, mirando hacia ellos.

—Viejo cabrón, creo que se olió algo —le comentó a Mono Blanco—. Hay que salir cuanto antes del pueblo, perdernos de vista. Tendremos que regresar a la carretera y buscar un lugar en el monte para dormir, y comprobar si ya podemos comer algo sin sufrir.

Cruzaron la carretera, ascendieron con prisa por el cerro y se alejaron de las veredas. Buscaron un lugar sombreado y después recorrieron los alrededores del sitio para cerciorarse de que no confluyeran ahí otros caminos. Desde lo alto del cerro distinguieron a lo lejos dos calles del pueblo, vacías; en una de ellas tres caballos se hallaban junto al muro de una casa de adobes. La carretera se extendía en esos momentos también casi vacía; un camión de pasajeros venía hacia el sur, sobre el puente que al anochecer tendrían que cruzar; dos automóviles y una camioneta abierta avanzaban hacia el norte. A la izquierda se sucedían varios canales y un estero amplio, lleno de tulares y bandadas de patos que a veces levantaban el vuelo como un enjambre o una pequeña nube. El sol de la mañana era poderoso. El calor parecía una violenta fuerza, una intratable furia. Descendieron hacia la mitad del cerro.

Bebieron unos sorbos de leche y lograron comer un poco de galletas y un pedazo de salchicha. Pasaban quizá de las diez de la mañana cuando se dispusieron a dormir. Poco después del mediodía Ramón despertó sintiendo que algo le recorría el cuerpo. Eran garrapatas. Se incorporó para quitarse las garrapatas de los brazos, del pecho, de la cabeza. Mono Blanco se despertó.

—Nada más esto nos faltaba. Acabar engarrapatientos.

Mono Blanco empezó también a desprenderse de las garrapatas.

—Vámonos de aquí —dijo.

—Todo el cerro está igual. Por aquí han de concentrar ganado.

—Busquemos otro lugar —insistió Mono Blanco.

—Debemos aguantarnos. Hay mucha gente por los alrededores. Aguantemos aquí.

Cuando atardecía volvieron a ascender para limpiarse de las garrapatas y observar los alrededores. A lo lejos, encima del puente, brillaba ahora una luz roja. Los callejones que se introducían en el pueblo, más lejos aún, se veían con cierto movimiento de perros y de niños. Al regresar oyeron súbitamente un ruido. Se volvieron a mirar: no distinguieron nada, pero el ruido avanzaba. De pronto aparecieron dos vacas que quisieron recular, mugiendo. Detrás de las vacas venía un viejo montado a caballo.

—Y ustedes, ¿qué hacen aquí, qué quieren? —preguntó asustado, casi a gritos, el viejo.

—Buenas tardes —respondió Ramón.

—¿Qué andan haciendo? —insistió el viejo.

—¿Conoce gente de movimientos campesinos o algo así?

—¿Entonces ustedes son?

—¿Quiénes?

—Pues a los que andan buscando.

—¿Andan buscando, quién, señor?

—¿No ven esa luz colorada?

—Nosotros no somos —se defendió Ramón.

El viejo espoleó el caballo. Le hablaron todavía para detenerlo. El viejo se retiró arreando las vacas.

—Ahí están los soldados en el puente —volvió a gritar cuando se estaba alejando—. Deben irse ya, porque los están buscando.

Mono Blanco estaba pálido.

—Ya ves, te dije que nos iban a atrapar.

Ramón se volvió a mirarlo de inmediato:

—Pero todavía no nos atrapan.

—Pero ¿a dónde nos vamos, si no conocemos por aquí? Te dije que nos iban a atrapar.

Lo sujetó de los hombros, con firmeza; lo sacudió.

—Calma tus nervios, Mono Blanco. No te pongas nervioso. Para que nos agarren todavía falta mucho.

Se acercaron al sitio por donde había aparecido el viejo a caballo. Ascendieron por la pendiente. Pronto distinguieron el estero y la luz roja sobre el puente. Estuvieron mirando largo rato a los soldados; algunos estaban sentados, otros permanecían de pie, entre la mucha gente que había en el puente. Las aguas de los esteros se extendían inmensas y sosegadas. Ascendieron

más aún por el monte y esperaron. Ramón observaba el paisaje. Parecía una tierra virgen, salvaje, por los esteros, los montes, los amplios y frondosos árboles que se habían sucedido profusamente durante las horas de marcha. Los camichines, las higuerillas, los zalates. Los troncos rojos, intensos, brillantes, de los papelillos. Los manglares en los esteros, las palmas caquiste, las altas palmeras, las garzas numerosas, los patos elevándose en parvadas como nubes que se disolvían y renacían en el calor y la luz. ¿Cómo escapar de ahí? ¿Por qué no quedarse así en medio del mundo?

Cuando anocheció se acercaron al estero. Era ya luna llena. Varios canales de agua se extendían quietos y acerados bajo la luna brillante y limpia. La luz roja encima del puente persistía como una alarma sangrante. Innumerables patos ensordecían los canales del estero, los tulares, reacomodándose inquietos, retomando de pronto un corto vuelo, agrupándose bajo el puente vigilado o en los canales, como enjambres que hicieran más densa la oscuridad o la movieran.

—Acerquémonos —le dijo a Mono Blanco—para saber dónde cruzar.

Se quitaron la ropa. Atravesaron un canal de agua dulce y ascendieron el bordo. Cruzaron otro canal y llegaron a una franja de monte. La atravesaron y se sumergieron en otro canal, donde el agua les llegaba a la cintura. Subieron por otro bordo y llegaron al estero más amplio, exactamente en la dirección del foco de luz roja. Los soldados estaban arriba del puente, deteniendo automóviles y camionetas. Había mucha gente. La luna iluminaba con fuerza y alcanzaban a distinguir siluetas a gran distancia. Los patos se agitaban muy escandalosos disputándose el espacio en el estero.

—Nos van a ver —dijo Mono Blanco.

—Debemos irnos así, en el agua, debajo del puente, entre los tules.

—Nos verán por la luz de la luna —protestó Mono Blanco.

—Nos vamos por entre los tules —insistió Ramón—. Si nos confundimos con los patos podremos cruzar debajo del puente.

Se metieron despacio en el agua, dejando sólo la cabeza en la superficie. Mono Blanco cuidaba la ropa de ambos; Ramón transportaba lo que aún tenían de alimentos.

—Aquí nos vamos por los tules —le repitió a Mono Blanco—. No sé cuánto tiempo nos tardaremos, pero vamos a pasar. Con paciencia, porque será cuestión de horas.

Avanzaron por la orilla de los tules, entre el escándalo y la agitación de los patos. A veces el nivel del agua era muy bajo y tenían que ponerse en cuclillas o casi acostarse para que el agua les llegara hasta el cuello; así el deslizamiento no sólo era lento e incómodo, sino doloroso. Cerca del puente el estero era más hondo. El agua les llegaba al pecho y pudieron caminar hacia la gran sombra que se extendía entre los tules cercanos al puente. Se fueron aproximando con un avance imperceptible para que los patos no se dispersaran o volaran de pronto. Cuando entraron debajo del puente se detuvieron.

Llevaban más de dos horas sumergidos. Traían pies y rodillas lastimados por las espinas. El excremento de los patos se les adhería en los hombros y en la espalda. Los soldados permanecían arriba del puente, deteniendo vehículos e interrogando a los conductores. Los oían hablar. Los patos seguían protegiéndolos con un gran escándalo. Decidieron continuar. Atravesaron el puente, sigilosos. El nivel del estero comenzó a descender y tuvieron que ponerse en cuclillas y deslizarse con incomodidad y lentitud. Casi una hora después, aún por la orilla de los tules, calcularon que se habían alejado del puente sólo quizás doscientos metros. Ahora volvían a ser vulnerables por la luz de la luna y la ausencia de los patos.

—Ya no aguanto más —dijo en voz baja Mono Blanco.

—Todavía no podemos salir. Hay que avanzar por lo menos otro kilómetro.

—No aguanto más —repitió Mono Blanco.

Ramón se volvió a mirar el foco rojo; aún no estaban suficientemente lejos.

—Aguanta cien metros más, después saldremos. Pero corramos un buen trecho a paso veloz, ¿puedes?

—No sé si pueda —dijo.

—Tienes que poder. Tenemos que correr. Lo que importa es retirarnos de ellos.

Media hora después salieron del agua y echaron a correr lejos del bordo, atravesando el campo. Corrieron con prisa, como si la noche los arrastrara, los condujera a la libertad, los arrojara al vacío.

No me he podido explicar por qué no sentía la libertad en tantos días. Pienso que no era suficiente quedar cada vez a salvo. En el mar, por ejemplo, nadie puede sentirse libre. Es una inmensidad que a todos domina. El peligro, la fragilidad de esa libertad era quizás lo más difícil de aceptar. Claro, nada nos asegura de riesgos en ningún momento, estemos libres o cautivos. Pero andábamos en un filo de navaja: un punto ciego nos guiaba hacia la libertad plena o nos podía regresar hacia un cautiverio más cruel porque fracasar era un peligro más aterrador que ser apresados de nuevo. Quiero decir, no era el hecho de ser recapturados por los soldados; creo que a mí no me preocupaba eso. A Mono Blanco sí. Un hombre tan valeroso en el mar no podía ser tan inseguro en tierra firme. Tuve que ser muy enérgico con él y reclamarle ya no sólo cordura, sino valor. Lo que son las cosas, ¿verdad? Mono Blanco se asustó porque pensaba que nos volverían a capturar. A mí me preocupaban otras cosas. Me incomodaba que no fuera permanente mi libertad, que no la sintiera firme en todo momento. No me preguntaba por qué tenía esa angustia. Debía encontrar una ruta segura, claro, debía tener precauciones, era evidente. Pero lo incómodo era la sensación de que mi libertad nunca había sido plena. Yo había combatido antes porque los campesinos no tenían libertad para vivir en sus propias tierras, ¿ve usted? Luego tuve que combatir para sobrevivir. Ahora volvía a lo mismo. Como si en mi destino la libertad fuera sólo un asunto pasajero, una advertencia riesgosa, casi tan mínima como la fragancia del bosque, o después el olor de los esteros o de las costas, algo que podía disiparse y perderse para siempre. Y yo recordaba ese aroma, quería no perderlo, recobrarlo. Creo que esto me incomodaba, sentir que era algo breve. Que luchaba por algo inasible, por una cosa transparente y delicada, que no podía sujetar entre las manos con toda mi fuerza.

El sudor se mezclaba con el agua que aún escurría de ellos. Sentían que la piel de las manos y de los pies estaba a punto de disolverse o desprenderse como una frágil película vegetal. A lo lejos, quizás a un kilómetro y medio, distinguían sobre la carretera el leve resplandor de la luz roja en el puente. Se quitaron los calzones de baño y comenzaron a vestirse. Luego caminaron a un lado de la carretera. Ramón se volvió a mirar en dirección del puente, sin angustia, pero quería cerciorarse de que ningún vehículo los seguía, hasta que desapareciera el rastro de

la luz donde se hallaban los soldados. Al poco tiempo de caminar, un vehículo avanzó por la carretera, en la dirección que ellos llevaban, pero se detuvo cerca de donde habían estado vistiéndose. El vehículo permaneció detenido varios minutos, sin apagar las luces. Ellos se habían detenido también y miraban fijamente las luces lejanas.

—¿Y ése qué hará? —preguntó Mono Blanco.

Le respondió después de un largo momento, como si pensara en voz alta:

—Tú avanza más allá, cien metros o más. Si fuera necesario nos separamos.

—¿Cómo que nos separamos?

—Si fuera necesario, momentáneamente.

Mono Blanco se alejó de prisa.

—Cuando veas que las luces vuelvan a moverse, te tiendes sobre la tierra y me esperas —le gritó.

Al poco tiempo las luces del vehículo empezaron a moverse. Ramón observó que a poco más de cien metros Mono Blanco se tendía sobre la tierra, lejos de la carretera. La luces fueron avanzando lentamente, pero sin detenerse otra vez. Era una camioneta; dos hombres iban en la cabina y dos niños iban detrás, al descubierto. Ramón se incorporó poco después y caminó hacia Mono Blanco. A los pocos minutos pasó otro vehículo y volvieron a tenderse en la tierra; era un automóvil rojo con dos pasajeros. Se incorporaron y volvieron a caminar. Más tarde se ocultaron de otro vehículo; era una vieja camioneta gris, con dos hombres en la cabina. Seis vehículos y casi una hora después vieron las luces de otro más.

—¿Nos escondemos? —preguntó Mono Blanco.

—No, a éste le vamos a hacer señas para que se detenga y le pediremos que nos lleve.

—Prefiero que nos escondamos.

—Tú controla los nervios, nada más.

Un automóvil azul oscuro se detuvo junto a ellos.

—¿Qué pasó, dónde van? —preguntó el conductor.

Era un hombre de treinta años. Junto a él iba un muchacho de veinte y en el asiento de atrás uno más joven aún.

—Al siguiente pueblo, señor —contestó Ramón.

—¿En Ojo de Agua?

—Sí —dijo Ramón—. Vamos a casa de mi tía.

El hombre los miró un momento.

—¿Cómo le hicieron para pasar el puente, si no están dejando pasar a nadie? —preguntó.

Ramón sonrió. El hombre volvió a preguntar.

—Pasamos nosotros como pasó usted —repuso Ramón.

—¡Cómo! A mí me revisaron hasta el motor, casi me desarmaron el carro, anduvieron por abajo, por arriba, y ustedes vienen muy a gusto.

—¿Por dónde más íbamos a pasar? —replicó Ramón.

Los otros jóvenes los observaban atentos. El conductor movía la cabeza, resistiéndose a aceptarlo.

—¿Pero por dónde más íbamos a pasar, le digo?

El hombre carraspeó. Miró a Mono Blanco por primera vez, largamente. Luego se dirigió a Ramón.

—Los voy a llevar. Súbanse.

Abordó primero Ramón y después Mono Blanco. Llevaban los calzones de baño mojados aún en las manos. Mono Blanco cuidaba la bolsa de víveres. El automóvil arrancó. El conductor empezó a toser y siguió haciéndolo un largo rato.

—¿De dónde vienen? —preguntó luego

—De Acaponeta.

El hombre asintió en silencio. Después de un breve instante retomó la pregunta.

—No entiendo cómo pasaron. Los soldados no están dejando pasar a nadie.

—Pues pasamos como ustedes, igual —repuso Ramón.

—No —repitió—. A mí me revisaron hasta el motor. Es que buscan a unos tipos que se fugaron de las Islas Marías.

Mono Blanco se pegó al vidrio de la ventana, tenso, como si estuviera poseído. Ramón volvió a negarlo, pero sintió que no convencía al conductor. Más tarde vieron dos tráileres estacionados a la orilla de una gasolinera. La carretera estaba poco transitada. Siguieron el trayecto en silencio.

—¿Y ustedes de dónde vienen? —preguntó Ramón.

—De Las Tablas.

—¿De las Taunas?

—De Las Tablas. Teníamos varios días pescando ahí.

Media hora después llegaron a una desviación; salía un camino hacia la derecha y otro a la izquierda, hacia la costa. El hombre tomó el de la derecha y pronto se toparon con un

poblado.

—Mire, aquí déjenos, mi tía vive en esa casa —dijo Ramón, señalando vagamente una construcción blanca y grande, situada al fondo de una de las calles.

—¿Su tía es la esposa del señor Ramos?

—Él es mi tío. Muchas gracias. Que les vaya muy bien.

—Desde hace tiempo conozco a sus tíos —dijo el conductor mientras Ramón y Mono Blanco descendían del auto—, lo que son las cosas.

El hombre parecía querer preguntar más. Comenzaron a caminar por la calle. El automóvil esperó un instante antes de arrancar. Cuando llegaron a la casa que Ramón había señalado, el automóvil se perdía de vista.

—¡Sígueme! —le ordenó a Mono Blanco.

Regresaron corriendo a la carretera y la cruzaron; atravesaron un pequeño cerro y alcanzaron la otra carretera que iba a la izquierda de la bifurcación; también la cruzaron y corrieron por otro bordo.

—No sé a dónde llegará esta carretera, pero aquí caminaremos toda la noche —explicó—. Cuanto carro venga, hay que ocultarnos, porque aquel tipo nos puede denunciar.

—A lo mejor ya lo hizo —contestó Mono Blanco.

Se preguntará que por qué estoy aquí, en Estados Unidos. Primero debo confesar que no fue fácil para mí mismo aceptarlo. Partamos, pues, de algo que ahora entiendo mejor: qué extraordinario sería que sólo pudiéramos ser libres en los lugares donde no nos corresponde estar. Yo quería ser libre en mi propia tierra. Todos mis compañeros combatieron porque estaban decididos a ser libres ahí mismo, donde todos vivíamos. Eso es lo que importa, ¿me entiende? Por eso luché. Luego sobreviví a algunos de los compañeros y por seguir luchando por mi libertad tuve que huir de la sierra. Después para recobrar mi libertad tuve que huir de las Islas Marías. Y para seguir siendo libre tuve más tarde que refugiarme acá. Algo sé ahora de lo que puede significar ser prófugo y ser libre. También sé algo más. Podemos tratar de ser libres aceptando el mundo como es. O podemos querer cambiar el mundo para aceptarnos como pensamos que debemos ser. Esto es lo que más me he tardado en entender. Aquí en Estados Unidos no podemos ser solamente "nosotros"; nos hacen sentir que somos "los otros" que no quieren. ¿Cuál nosotros somos, pues? O

mejor, ¿cuál nosotros queremos ser o queremos seguir siendo? Y aquí ya hay una decisión nuestra, ¿me entiende? Yo regresaré al mismo lugar donde pertenezco, lo sé. Espero el momento nada más. Ando en el mundo merodeando por el mismo lugar.

El dolor no es algo simple, Saturnino. Y a veces lo comprendemos tarde. No hablo del dolor del cuerpo, sino del que comienza fuera de nosotros, cuando el dolor es una forma de tristeza. Es lo que nos hace compasivos, yo pienso. Esto también lo aprendí en la selva. Durante varios días hubo mucha lluvia y el río inundó el campamento. No había manera de comunicación con otros campamentos y ninguna cuadrilla podía auxiliarnos. Nos quedamos sin alimentos. Entonces oímos el grito entre las copas de los árboles. Parecía llamarnos o preguntarnos algo. Era un saraguato. ¿No los conoces? Son una especie de mono, un chango mediano. Parecía joven. "Miren, nos está llamando", dijo el ingeniero. "Ya llegó nuestra comida." El saraguato se detuvo en un árbol cercano y nos observó mucho rato con interés. Movía la cabeza de un lado a otro, suavemente. Luego se desplazó a otro árbol más próximo y, como si quisiera convivir con nosotros, llegó a la copa del árbol bajo el cual nos hallábamos. El ingeniero apuntó con un viejo rifle que teníamos en el campamento. El estruendo del disparo espantó a muchos pájaros que volaron de inmediato en los árboles cercanos. El saraguato empezó a gemir. La bala le perforó la parte superior del pecho izquierdo y un hilo de sangre comenzó a mojarlo. El saraguato arrancaba las hojas del árbol y se limpiaba con ellas la sangre; se las frotaba, se las untaba, pero la sangre seguía fluyendo. Lo vimos limpiarse así, la herida, durante varios minutos. Luego comenzó a debilitarse y cayó por entre las ramas hasta el suelo enlodado. Yo no quise acercarme a él. Decían que fue providencial su aparición. Lo cocinó uno de los trabajadores. Su carne era dura, muy correosa.

Caminaron por la orilla de la carretera durante varias horas. Había mucho tránsito, sobre todo de vehículos pesados. Ya amanecía cuando divisaron un pueblo. El sol pronto se elevó y comenzó a quemar. En la entrada del pueblo, a mano izquierda, había un tanque para agua muy alto y grande. Se asomaron a la pila: estaba seca.

—Pues aquí está bien —dijo Ramón.

Mono Blanco miraba la carretera. Ramón se volvió a mirarla

también y divisó letreros a cien o doscientos metros. Le pidió a Mono Blanco que lo esperara y caminó rápidamente hacia los letreros.

—Vamos bien —dijo al regresar—. Es la carretera de Mazatlán. Quedémonos en esta pila —agregó—. Imagino que no hay mejor lugar.

Oían zumbar los camiones que pasaban por la carretera. El sol pegaba ya con toda su fuerza. Se metieron en la pila y se colocaron del lado de la sombra.

—Duerme tú primero y luego duermo yo. Así le iremos dando la vuelta al sol.

—Estoy cansado, pero no tengo sueño —dijo Mono Blanco.

—Lo mismo me pasa a mí.

—¿Por qué no terminamos de comer lo que traemos? —propuso Mono Blanco.

Comenzaron a comer. Tenían avidez, pues el dolor al deglutir había desaparecido. Ramón se ponía de pie con frecuencia, para mirar la carretera.

—¿Por qué te hiciste a los mares? —le preguntó más tarde.

Mono Blanco sonrió. Agitó las manos despreocupadamente, como si estuviera jugando con alguna persona imaginaria. Parecía regocijarse.

—Los ríos, con todas las inundaciones posibles, han sido parte de mi vida. Y el mar es el origen de todo lo que tiene que ver con el agua. Llegué a él porque era lo más lógico, nunca tuve dudas. En el mar trazas tu ruta. En las montañas no, ahí compartes el camino. Dependes de otros, de animales, de poblados, no decides por ti mismo. El mar es lo más seguro que he vivido.

Ramón trató de imaginar los mares surcados por Mono Blanco, pero él sólo conocía por las Islas Marías el Océano Pacífico. Recordaba el día lluvioso en que atravesó el mar desde Manzanillo a la isla madre; el cielo gris, la velocidad con que las nubes se desplazaban en el firmamento; una travesía en la oscuridad, bajo la lluvia. Luego una travesía sórdida y violenta al fugarse.

—Y tú, ¿por qué te levantaste en armas?

Ramón pareció pensar en otras cosas. Era la primera vez que disponían de tiempo para conversar. La primera vez que hablaban tranquilos, sin una prisa intratable.

—La gente que tiene mucho dinero siempre cree que necesita

más. Si tienen muchas tierras, quieren las de los otros. Cuando los débiles se defienden dicen ellos entonces que la violencia empieza. No, la violencia ya había comenzado con tanta desigualdad.

Mono Blanco asintió con un lento movimiento de la cabeza. Permaneció callado un largo rato.

—¿Por qué atacaste a los soldados?, ¿no sentiste miedo?

—El miedo no sirve en esos momentos, sólo estorbaría. Teníamos que estar lúcidos.

—Pero, ¿qué sentías, por qué no dudabas?

—De eso dependían muchas cosas. Yo sabía que podíamos vencer. Después supimos que fue por traición. Nos traicionó el oficial que nos daba entrenamiento militar en la ciudad de México. Por eso más de cien soldados estaban acampados afuera. Nosotros éramos once y podíamos haber sometido a la guarnición que estaba en el cuartel, que no eran más de cuarenta. Los tuvimos bajo control. Pero desde la laguna, a nuestra espalda, comenzaron a avanzar más de cien soldados. Así fue, Cuauhtémoc.

—¿Por qué te dicen gatillero?

—La gente inventa cosas.

—Dicen que te enfrentaste también a policías, no sólo a soldados.

—Fue una equivocación. Otro compañero y yo regresábamos a la ciudad de Chihuahua después de planear el segundo alzamiento en la sierra. Llegamos muy noche y no traíamos dinero. Así que decidimos irnos caminando a la casa de él. Una patrulla nos detuvo por sospechosos y nos llevó a la comandancia de policía. Allí los tomé por sorpresa, disparé al comandante y huimos en medio de todos los policías. Después vino el enfrentamiento con ellos, cuando nos persiguieron. En esa ocasión me hirieron y me golpearon mucho.

Pasaba de mediodía y se cambiaron de lugar, para no recibir el sol de frente.

—Vamos a darle ahora la vuelta al sol —dijo Ramón.

Se pusieron a la sombra, se sentaron del otro lado. Habían gastado veinte pesos, todavía les quedaban doscientos veinticinco. Podían viajar con ese dinero. Ramón propuso que al anochecer tomaran un camión para alejarse más rápidamente.

Durmieron un rato. Cuando estaba atardeciendo, Mono Blanco lo despertó.

—Ya levántate —dijo.

Ramón se incorporó de inmediato. Sudaba copiosamente. El calor se encerraba en la pileta vacía; el suelo quemaba, parecía un cazo hirviente. Muchos cuervos y torcazas volaban ruidosos, excitados por el atardecer y el calor. La luz era diáfana, inundaba el espacio como una fiesta. Por un instante olvidó que estaban huyendo. Una sensación de alegría, de bienestar, se expandía en su cuerpo lastimado, llagado aún. Respiraba con placer, con gusto. La libertad de fugitivo se transformaba en un sentimiento de dicha, como si algo eterno estuviera descendiendo sobre ellos con la tarde. Mono Blanco también parecía contagiarse de la alegría de nuevo, como si estuviera a punto de salir de viaje o hubiera vuelto de un sitio conocido.

—Quiero ir a esa calle del pueblo —dijo Mono Blanco, soltando una risa fresca y alegre—. Si voy solo no tendré muchos problemas.

Ramón también se rió.

—¿Quieres ir de paseo o quieres visitar a tu novia?

Mono Blanco volvió a reír. Estaban de fiesta. Ambos sudaban copiosamente.

—Quiero beber otra cosa —explicó Mono Blanco—, algo dulce, un refresco. Dame dinero para comprar.

Mono Blanco se fue con dos pesos, visiblemente contento. Ramón miró la llanura luminosa, humeante; palmeras, árboles, maleza, se extendían bajo el calor sofocante como un espejo vegetal. El dolor de las llagas en la espalda volvió a punzar; iba y venía; en ocasiones se quedaba el dolor intenso, como una aguja o una mano que fuera penetrando en la carne, en los nervios. Sintió hambre. Sintió que podrían comer ya, beber, fortalecerse de nuevo. A lo lejos, muy en la distancia, se distinguía el listón azulado de la sierra; no quería apartar la vista de ese horizonte montañoso, quieto, seguro. Sentía la certidumbre de la protección; ansiaba sentir el poderoso rigor, la firmeza del mundo que poseen las montañas.

Mono Blanco llegó precipitadamente.

—No vuelvo a ir a ningún pueblo. Me miraban como a un animal raro. Todas las mujeres y niños se me quedaban viendo. No vuelvo a ir solo.

—¿Te preguntaron algo?

—Nada.

—¿Te vio algún policía o alguien armado?

—No, sólo mujeres y niños, pero me sentí mal. No perdían de vista ningún movimiento mío.

—¿Te siguieron?

—No sé.

Ramón miró la calle más cercana. Dos perros husmeaban en un montón de basura. Muy distantes llegaban a oírse de vez en cuando risas de niños. Por el camino pasaban, levantando el polvo, una camioneta abierta y un automóvil viejo de color rojo.

—Creo que aquella parte es un crucero. Por ahí vi que sale gente del pueblo y aborda camiones —dijo Ramón.

—Así es —dijo Mono Blanco—. Me tocó verlo varias veces.

—Pues vámonos. Lo que importa es retirarnos, alejémonos de aquí.

—Vámonos —aceptó Mono Blanco—, no me gustó como me vieron en este pueblo. No quiero que corramos peligro.

Se dirigieron a la carretera. Ramón insistió:

—Espera —le dijo—, camina muy natural, como si acabaras de salir de tu casa. Insisto, como si fuéramos de aquí.

No había confusión en nosotros. Arturo Gámiz lo decía muy claramente. No podemos cambiar ninguna circunstancia del mundo en que nacemos. La sociedad ya está organizada de una manera cuando nosotros llegamos. Pero eso no significa que la sociedad esté bien organizada o que el mundo esté correcto. Así que no quisimos el mundo como lo habíamos recibido, sino mejor. Cuatro familias robaban en la sierra a todos los demás. "Cuatro amigos" se hacían llamar. Pedían a los campesinos que mostraran los títulos de propiedad; en caso contrario, que desalojaran las tierras o las pagaran. Pero en esas tierras habían vivido durante varias generaciones los campesinos. ¿Cómo de la noche a la mañana iban a dejarlas? Pues no, las defendieron. Así empezamos todos. Teníamos que hacerlo en algún momento. Y comenzaron a matar gente nuestra. Cuando Salomón Gaytán se enfrentó a Florentino Ibarra y a buena ley se le adelantó con velocidad en el arma, ya nada se pudo detener después, porque enviaron al ejército y a la policía detrás de nosotros. Casi dos años antes de que nos propusiéramos atacar el cuartel de Ciudad Madera. ¿Me entiende? La lucha ya había empezado así,

antes.

Cuando llegaron a la parada de autobuses dos hombres estaban esperando. Uno tenía quizás cuarenta años; era alto, robusto, con un sombrero de ala ancha. El otro era más joven, quizás de la edad de Ramón y de Mono Blanco, no mayor de treinta años; era musculoso, moreno y de baja estatura; traía una gorra roja. Ramón saludó.

—¿Qué andan haciendo? —preguntó el hombre de más edad.

—Buscando trabajo —explicó Ramón.

—¿En qué trabajan?

—Desde ayudantes de albañil hasta lo que salga.

Ramón miró al otro hombre; parecía no seguir la conversación.

—¿De dónde vienen?

—De Michoacán. Nomás que nos bajamos aquí a buscar trabajo.

—No, aquí está muy muerto, aquí no hay trabajo. Pero tienen suerte, porque soy contratista y tengo que levantar dos casas. Necesitamos ayudantes.

—Pues ya los tienen —aseguró Ramón.

—Estoy haciendo unas casas allá en El Verde.

—¿Dónde?

—El Verde. Por eso esperamos el camión.

—¿Y cuánto paga?

—Treinta pesos.

Ramón se volvió a mirar a Mono Blanco, que asintió; luego se dirigió al hombre:

—Sí nos vamos con usted, porque andamos rumbo a Estados Unidos. Nomás que sale uno de su casa sin nada, a buscar, no hay recursos para irnos directamente.

Mono Blanco asintió, mirando al hombre más joven. La tarde era muy luminosa aún, y muy caliente. El sol comenzaba a declinar cuando llegó el autobús.

—Entonces paga usted los pasajes, ¿verdad? —preguntó Ramón, mientras abordaban.

—Seguro.

El autobús entró en una amplia carretera. Ramón sintió alivio de que el autobús avanzara aceleradamente, que se alejaran de los esteros, de las marismas. Al entrar en Sinaloa, en la carretera

a Mazatlán, vio a lo lejos, en la tierra árida, el Cerro del Mono, un inmenso cerro liso, como una bola de piedra. Le pareció que el mundo los recibía, los escondía en su extensión. Cerca de El Roble la aridez aumentó; también los cerros pétreos y secos. Al fondo, sin embargo, la sierra parecía más dócil, más suave. La belleza quieta y azul de la sierra era como el sitio del origen, la promesa de vida, la única promesa real.

Ramón miraba por la ventanilla el cambio del paisaje. Durante la primera hora de camino fue oscureciendo gradualmente; después oscureció de manera súbita. La luz de la luna caía nítida sobre árboles, matorrales, piedras, cerros. El autobús comenzó a descender en un valle muy oscuro, como si se dispusiera a viajar toda la noche, sin detenerse. Entraron en un poblado pequeño y oculto, donde el calor aumentaba, irrespirable. Ramón tuvo la sensación de regresar a prisión, de bajar hacia un pozo, de entrar en una trampa. Finalmente el camión se detuvo. Todos los pasajeros bajaron antes que ellos. Recorrieron una calle polvorienta. Varias casas de adobes se sucedían iguales a ambos lados. El contratista y su asistente los guiaron por la primera calle y doblaron en la siguiente. Algunos pasos después señaló un sitio, sin detenerse.

—Está cerrado —dijo—. Éste es el único lugar donde podríamos comer. Ya desayunaremos mañana.

Ramón y Mono Blanco vieron cerrado el pequeño merendero que estaba enfrente. El contratista siguió caminando al fondo de la calle. Se detuvo sudoroso ante una puerta de madera muy desvencijada; la abrió, era una pequeña bodega para piedra, cal y cemento; había unos cojines en el suelo y en la pared un foco de bajo voltaje.

—Acomódense aquí —dijo el contratista—. Hay cartones y una colcha.

—No necesitamos cobijas —dijo Ramón—. Hace un calor tremendo.

El contratista y el asistente se retiraron. Ramón estaba inquieto. Inexplicablemente sentía angustia. Al apagar la luz retornó el dolor de las llagas. La oscuridad, el calor, el dolor, la fatiga, parecían acrecentarse en esa pequeña noche de la bodega. Creyeron que sería imposible dormir.

Al amanecer Ramón oyó que tocaban desde afuera. No se

incorporó; permaneció acostado sobre los cartones y vio cómo se abría la puerta. Entró el contratista. También el sol abundante, caluroso ya. Ramón comprendió que no estaba amaneciendo, que era tarde, quizás pasaban de las ocho de la mañana. Mono Blanco se incorporó en su sitio, en el rincón opuesto. El contratista saludó y se dirigió hacia las herramientas que se hallaban junto a las pilas de ladrillos y sacos de cemento.

—Hay que salir a desayunar —dijo mientras movía uno de los sacos de cemento—. En caso de que quieran comer algo, claro.

—Seguro —respondió Ramón—. En unos momentos estaremos listos.

—No hay prisa, todavía no son las ocho de la mañana.

—Pensé que era más tarde.

—Aprovechen que hoy es domingo, porque mañana van a empezar a trabajar desde las seis.

Ramón comprendió que era domingo. Como si de pronto hubiera caído de cabeza en un patio vacío o en una noria seca. Se sintió incómodo no sólo por la sed, sino por el dolor de la espalda. Entró en la habitación el asistente del contratista.

—¡Qué extraño! —exclamó—. Hay soldados en el pueblo.

El contratista suspendió lo que hacía y se quedó quieto.

—Explícate.

—Dos soldados entraron en la comandancia de policía y otros están afuera, en la calle.

Ramón y Mono Blanco se pusieron de pie y comenzaron a vestirse. El contratista se asomó a la calle polvorienta y caliente.

—Sí, hay soldados —dijo al regresar a la habitación, preocupado, moviendo de un lado a otro la cabeza.

—Andarán buscando a alguien —comentó Ramón sin darle importancia, para que Mono Blanco no reflejara desasosiego.

El hombre se hallaba frente a los sacos de cemento, pensativo, ocupado en otra cosa. Ramón sintió otra vez el miedo que le ascendía desde los pies. Pensó que tendría que arriesgarse con el mejor, con el más íntegro. El contratista seguía inquieto y preocupado.

—Voy a ver por mí mismo qué andan haciendo los soldados —decidió finalmente el hombre y salió de la habitación.

—Andan cerca, ¿ahora qué hacemos? —comentó en voz baja Mono Blanco.

—El asistente me parece bueno; el otro no lo sé. Hay que

confiar en la gente. Hay que arriesgarnos ahora.

Ramón se acercó a los sacos de cemento, donde se encontraba el otro.

—Anda muy preocupado su amigo, se ve inquieto —comentó Ramón.

—Sí, está preocupado. Es que algo buscan esos soldados.

Ramón se contuvo, dudando. Regresó a los cartones donde había dormido, para tomar su camisa. Se abrió la puerta otra vez. Era el contratista, que regresaba más inquieto. Buscó un chaleco de mezclilla y un sombrero de palma entre las herramientas.

—Dicen que buscan a unos tipos que se fugaron de las Islas Marías. Pero a mí no me gustan los soldados. Porque yo sí tengo cola que me pisen. A lo mejor andan sobre mí. Prefiero irme, perderme por ahí mientras pasa esto. Y me voy de una vez.

—Pues que le vaya bien. Aquí lo esperamos —dijo Ramón.

—Sí, aquí espérenme. Ya que se vayan los soldados entonces nos ponemos a trabajar.

—Sí, cómo no, seguro.

Mono Blanco y el asistente permanecían callados. Cuando el contratista salió, Ramón se acercó decidido.

—¿Cómo está esa bulla? —le preguntó al asistente.

—Ahí siguen los soldados en la explanada. Quién sabe qué andarán buscando, pues nunca vienen. Nunca se han visto.

—Quiero confesarle algo, pero se va a portar como hombre —le pidió Ramón.

—¡Sí, cómo no! Díganme lo que quieran.

—Nos andan buscando a mí y a él. No hicimos mal a nadie y no trajimos nada, simplemente estábamos en las Islas Marías y nos salimos. Estábamos ahí injustamente.

El hombre lo interrumpió:

—¡Cómo chingados! ¿Por qué no se trajeron a mi hermano?

—¿Quién es su hermano?

—Pues Macario González.

—Somos mucha gente allá y todos con sobrenombre, imposible saberlo.

—¡Pues se lo hubieran traído!

—Pues sí.

—¡Qué lástima!

Ramón quiso explicar a profundidad lo que había vivido. El hombre volvió a interrumpirlo.

—Nosotros tampoco estamos de acuerdo con el gobierno, porque es como el hule, que se estira para el lado del que es su dueño. Para los pobres no hay nada. Me puede mucho que no se trajeran a mi hermano Macario.

—Pues nuestra situación ahora es muy delicada.

—Tengan la seguridad de que si a ustedes los andan buscando, yo los saco de aquí.

—Pero no le vaya a platicar a nadie, porque nos hunde.

—No, no, iré por la estación del tren, como que ando conejeando.

—¿Y por qué se fue su patrón? —preguntó Mono Blanco.

—Porque sí tiene delito. Pero es más grande el de ustedes.

El hombre salió a la calle. Miró hacia todos lados; algunos niños corrían al fondo y junto a ellos varias mujeres transportaban cubetas de agua. Dio algunos pasos por la calle y regresó a la bodega.

—Aquí se van a notar mucho —dijo al entrar en la habitación —. Deben alejarse de aquí. Cerca del arroyo hay un gallinero que ahora está vacío. Ahí pueden estar seguros todo el día. Yo en una hora les llevaré agua y algo para comer.

Tomó una soga de entre los costales de cemento y salió a la calle; después de un momento les pidió salir. En la calle el sol pegaba con fuerza. El hombre cerró la puerta y puso un candado.

—Vengan conmigo. Vamos conversando como si nada pasara.

Atravesaron la calle y luego doblaron a la izquierda; entraron en una callejuela que bajaba por una pendiente; al ir descendiendo distinguieron al fondo un arroyo donde había mucha vegetación. A media pendiente se detuvieron; junto a una choza vacía estaba el gallinero, con un cobertizo.

—Aquí estarán bien, no se preocupen.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Ramón.

—Sobre todo no salir. Ni al arroyo, aunque por ahí no pase gente.

—¿Cómo nos comunicaremos con usted?

—Yo vendré a traerles comida, como les dije. Pero tenemos que esperar a que oscurezca, porque antes no les convendría salir.

A las dos horas regresó. Les trajo tortillas, huevos revueltos y frijoles. También les extendió un billete de veinte pesos.

—Es todo el dinero que les pude conseguir. Al rato les traigo

leche. Por lo menos un vaso para cada uno.

—¿Qué hacen los soldados? —preguntó Ramón.

—Los soldados siguen en la plaza. Ya todo mundo sabe que buscan a dos tipos que se fugaron de las Islas Marías. Están ustedes reportados, muchachos.

—¿Recorrerán el pueblo?

—No lo creo. Yo vendría a avisarles. Si no, regresaré cuando oscurezca y les diré cómo irse, estén preparados.

Empezaron a comer.

—Dios nos lo mandó para que nos ayudara —dijo Mono Blanco.

—Pero más nos ayudó para que el otro se fuera.

—Yo no sé si este señor cumpla su palabra —insistió Mono Blanco—, pero en todo obra Dios. Hay que confiar.

Al oscurecer volvió el hombre, con queso, frijoles y pan.

—Ya no hay soldados, pero la gente está muy avisada. Tenemos que salir ahora mismo.

Los guió por el arroyo y luego por el cerro; los perros ladraban abajo, en las orillas del poblado. Ascendieron por un segundo cerro y rodearon un pequeño caserío. Ya en el llano, junto a las vías del ferrocarril, les indicó:

—Váyanse por aquí, sin apartarse de las vías. Al final llegarán a un pueblo regular, no muy pequeño. Caminen a buen paso y no se detengan para que lleguen antes de las seis de la mañana, porque el sol aquí es muy bravo, muy caluroso. Tomen entonces el camión rutero hacia Rosario, pero bájense antes, en Villa Unión, que es una población grande; el camión hace parada en una gasolinera. Ahí pídanle el viaje a los conductores de camionetas. A carro no, que sean camionetas de tonelada, de media, lo que sea, pero de camioneta de carga. Esos conductores no preguntan y les darán con gusto un viaje a donde vayan.

Mono Blanco y Ramón le agradecieron la ayuda.

—Sin usted no hubiéramos salido librados de aquí. No lo vamos a olvidar.

—Es una lástima que no hayan traído a mi hermano —les dijo cuando se despedían.

Los policías de una patrulla nos tuvieron desconfianza. Ya pasaban de las dos de la mañana. En la comandancia querían abrir el veliz metálico que llevábamos, pero ahí había un rifle m1, parque, los

planes del nuevo alzamiento en la sierra y no podíamos permitirlo, ¿verdad? Le di dos tiros en la cabeza al policía que trataba de abrir la maleta. Fue muy sorpresivo, no pudieron reaccionar. Mi amigo tomó el veliz del suelo y salimos corriendo. El error fue que él quiso que nos fuéramos a su casa. Ahí nos cercaron al poco tiempo y nos atacaron con gases lacrimógenos. Quise romper el cerco pero me hirieron en este brazo y en el esternón; ya caído me golpearon mucho, con saña. Luego de varios días me llamaron a declarar con el agente público federal, un tal licenciado Del Toro, que usted debe conocer, ¿no es así? Él le contó esto de otra manera, ¿verdad? Pues le habían informado a él que yo estaba herido de bala. Le mostré el antebrazo que tenía amarrado con un paliacate muy manchado de sangre y al quitármelo vio las dos heridas cicatrizadas, redondas. También me desabotoné la camisa y le enseñé el moretón que tenía en el pecho. "Aquí me pegó otra bala", le dije, "pero no sé si entró o si rebotó en el puro hueso. Ya no tengo nada." Me preguntó si me dolía, le dije que no. "¿Te curaron?", volvió a preguntarme. "No, nadie me curó", le dije. "Sané solo." A partir de entonces perdí contacto con Óscar y los otros compañeros. Debían protegerse, porque estaba de por medio el segundo alzamiento y no podían exponerse. Eso era claro para todos. Yo sabía que después tendría que reincorporarme, en algún momento, ¿verdad?, aunque no supiera exactamente cuándo. Pero no imaginé que tendría que estar aquí. Qué extraño, como si la fuga fuera siempre mi destino. Estar de fuga en la sierra, en la lucha, en el mar, y ahora aquí, en la frontera.

Tomaron con rapidez la ruta de las vías, en silencio. Comenzaron a comer mientras caminaban.

—Me duelen las llagas de la espalda —dijo Mono Blanco.

—A mí las de todo el cuerpo. Espero que con la caminata se distraiga el dolor.

La luz de la luna era poderosa; aún estaba blanquísima y completa disolviendo a su alrededor la muchedumbre de estrellas en un gas blanquecino y difuso. El olor a aceite y a petróleo de las vías de ferrocarril era muy fuerte. Con el calor de la noche parecía flotar una pequeña nube en la que se abrían paso con dificultad. Escucharon el aullido lastimero de los coyotes. En dos ocasiones huyó la sombra ágil de una víbora. El ruido de insectos era constante, tan resonante como el de la grava donde caminaban. La travesía por el mar resurgió en ambos esa noche.

El firmamento extendido sobre ellos, la oscuridad de la tierra inmóvil era distinta a la oscuridad de las aguas del mar, pero semejante en el cambio de sus sombras, en las jibas de colinas, árboles, maleza. Ahí no había peces voladores que surgieran y desaparecieran sorpresivamente en el oleaje, pero surgían liebres, ratas, víboras, luciérnagas, y en los charcos ranas y sapos croaban en un eco quebradizo.

Faltaban una o dos horas para que amaneciera cuando distinguieron el pueblo a lo lejos. Oyeron los ladridos de perros y los lejanos relinchos de caballos. Decidieron dormir un poco junto al terraplén de las vías. Trataron de dormir, pero estaban muy inquietos. Despertaron cuando el cielo estaba iluminado y apenas despuntaba el sol. Se encaminaron al pueblo y buscaron el paradero del autobús. Algunas personas se hallaban reunidas ya, esperando abordarlo. El conductor pasó en medio de la gente, abrió la puerta del autobús y se sentó al volante.

—¿Cómo se sube? —preguntó Mono Blanco—. Ya no me acuerdo.

—Yo tampoco.

Imitaron a los pasajeros que abordaban, pagaron y al fondo tomaron dos asientos. A través de la ventanilla vieron que el sol comenzaba a elevarse. El olor en el interior era distinto; una fragancia dulzona se desprendía de los costales y de los cuerpos, como de maíz, verdura, fruta. El bamboleo lento y constante del autobús adormeció a Ramón y a Mono Blanco. Abrían los ojos cada vez que el conductor se detenía en alguna ranchería a recoger pasajeros. En una parada, un anciano abordó con mucha dificultad y se sentó enfrente de ellos, acompañado de una mujer joven. Despedía un olor acre, de medicamento, posiblemente de una pomada que se había impregnado en la ropa. En otra ranchería se detuvieron largo rato. Un pasajero quería subir al techo varios costales de semillas, cajas y algunas herramientas de labranza; el conductor lo ayudó a subirlos y comenzaron a sujetarlos con lazos. Ramón observó por la ventanilla la lenta operación de la carga. Dos hombres jóvenes descendieron para ayudar. Uno de ellos parecía hablar mucho y reía. La mañana estaba ya muy avanzada y el calor en el interior era sofocante. Otros pasajeros salieron no para ayudar, sino para caminar un poco. Una mujer vigilaba a dos niños que orinaban junto al camino. Casi media hora después, los pasajeros volvieron a

abordar, como en una fiesta, risueños y ruidosos. Avanzaron otra vez por el camino de terracería y el polvo penetraba por las ventanillas abiertas. Dos horas después el autobús tomó una amplia carretera asfaltada y en poco tiempo, ya sin hacer más paradas, antes del mediodía, se detuvo en los alrededores de Villa Unión. Ahí bajaron Ramón y Mono Blanco, con gran parte de los pasajeros.

Atravesaron la carretera y se dirigieron a la gasolinera. Compraron un par de tortillas de harina con carne y frijoles y comieron con avidez. Al poco rato de esperar vehículos llegó una camioneta de una tonelada de color blanco. Bajaron dos hombres altos; el conductor, moreno y de ojos verdes, traía un sombrero de ala ancha; el otro era de tez muy blanca y pelo castaño, con gafas y un sombrero de fieltro. Vestían pantalones vaqueros, camisas a cuadros de botones de broche; ambos traían en el cinturón de pita un grueso estuche de navaja de monte. Ramón se acercó a ellos y les pidió que los llevaran hacia Culiacán. El conductor aceptó. Subieron atrás, en la tarima descubierta. Era ya mediodía y el sol quemaba. Tuvieron que resistir muchas horas el calor abrasador. Les parecía que estaban de nuevo en el mar, pero sin la posibilidad de arrojarse un cubo de agua salada en la cabeza y la espalda. Era imposible ponerse a salvo del sol. La lumbre caía encima del mundo, desde el centro del cielo. El dolor de las llagas volvió a punzarles en la espalda, las caderas y las piernas. Sentían los cabellos calientes, la cabeza hinchada. El conductor de la camioneta manejaba a gran velocidad, pero el aire se mantenía caliente y no podía aliviarlos ninguna ráfaga de viento, ninguna sombra en la camioneta. Los hombres hicieron dos altos; uno por Coyotitán, para comer; otro cerca de El Salado, para cargar gasolina. La primera parada les ayudó a Ramón y a Mono Blanco para refugiarse en la sombra y mojarse la cabeza, alejar el mareo, el riesgo de la insolación. Ya reanudada la marcha, después de Coyotitán sintieron que el sol era menos agresivo, aunque el calor continuaba siendo sofocante. Poco antes de Culiacán, le pidieron al conductor que se detuviera.

—¿Se quedan aquí? —preguntó el conductor asomándose por la ventanilla.

—Sí, aquí nos quedamos. Muchas gracias.

Bajaron de la camioneta y se despidieron de los hombres.

Caía el atardecer; poco a poco las sombras se alargaban y el sol comenzaba a ponerse en el horizonte y a incendiar con nubes enrojecidas y violáceas el firmamento entero. Caminaron hacia el entronque de dos carreteras próximas y a lo lejos distinguieron una gasolinera. Ramón la señaló con el brazo extendido:

—Conozco esa gasolinera. Ahí mañana le pediremos de nuevo a una camioneta que nos lleve.

Pasaron un canal y siguieron hacia arriba de un arroyo. Cuando ya oscurecía se quedaron en una pequeña pendiente llena de yerba, que les pareció, con la fatiga y el dolor de las llagas, un sitio mullido y fresco.

El gatillero trató siempre de volver a la sierra. Sigue atado a su tierra. No le gusta el mundo, pienso yo. No le gusta que sea diferente, o amplio, o inacabable. A mí desde niño me apasionó el mundo. Yo nací junto a un río. Pero el río avanza, no se queda en ningún sitio, hasta que llega al mar o se pierde en la selva. Nunca me gustó desde niño permanecer en mi casa. Me alegraba dormir lejos, en otra parte, o en otro río, en otros pueblos, en el campo, en otra ribera, lejos. Ahora quiero irme a la frontera porque no quiero que me apresen otra vez, claro. Pero no necesito regresar a mi casa. Por eso el mundo me gusta más que al gatillero. Pude haberme quedado en los mares de España. O en Guatemala, o incluso aquí, en Los Mochis. Me gusta esta parte de Sinaloa. Yo creo que me gustan todos los lugares. Pero quiero llegar a San Diego, subir por California, porque no quiero regresar a ningún penal. No es que busque algún sitio en particular. Pero sí sé que no quiero estar en otro penal, ¿entiendes? El mundo es tan amplio, tan robusto, tan inmenso, que volver a Tabasco me parece una locura. ¿Por qué no quedarse en cualquier sitio? ¿Por qué limitarnos a quedarnos en un solo lugar? Esto lo comprendí en el penal de las Islas Marías. "¿Por qué debo quedarme aquí?", me preguntaba. "¿Qué puede obligarnos a permanecer atados a un solo lugar?" En un penal se entiende, pues, porque no depende de nosotros. Pero siendo libres, ¿qué voluntad nos puede atar a un solo sitio?

Primero fue una detonación lejana, con un eco persistente. Luego de dos descargas entendieron que no estaban soñando. Se incorporaron agitados. El sol no era aún abrasador; apenas comenzaba a elevarse sobre los cerros lejanos.

—¿Qué pasa? —preguntó Mono Blanco, desconcertado.

—Son descargas de fusiles.

Los tiros sonaban muy cercanos. El silbido agudo se aproximaba una y otra vez. Luego resurgía el silencio, la realidad de la tierra, de sus cuerpos, de su respiración. Después proseguían las descargas. Descendieron arrastrándose por el pequeño promontorio donde habían pasado la noche.

—Quédate aquí, Mono Blanco, me asomaré sólo yo.

Ramón comenzó a ascender por la colina con precaución. Antes de mirar de dónde provenían las descargas distinguió las siluetas: eran blancos de tiro. Entendió de inmediato. Regresó arrastrándose con Mono Blanco, sin incorporarse.

—Estamos en un campo de tiro, quedamos detrás de los blancos —explicó agitado, con la boca seca—. Estamos en la Zona Militar.

—Por eso los tiros vienen hacia nosotros —concluyó Mono Blanco.

—Estamos lejos, pero podría alcanzarnos un tiro.

—¡A dónde fuimos a dormirnos! —insistió Mono Blanco.

—Tenemos que buscar el arroyo.

Se alejaron a rastras algo más de cien metros y tomaron por el arroyo; al cruzarlo comenzaron a correr, sin incorporarse plenamente. Las detonaciones se oían distantes ya y en otra dirección. Se detuvieron en la carretera, acezantes. Era la Zona Militar, en efecto; vieron el campo extendido, las colinas, las cercas de púas, las insignias del ejército. Caminaron por la carretera, sin mostrar prisa. Había muy poco tráfico aún. La cruzaron y se dirigieron a la gasolinera.

—¿Podemos antes comprar algo para comer? —preguntó Mono Blanco.

Ramón asintió. Aún tenían cerca de doscientos pesos.

—¿Quieres ir solo? —preguntó Ramón.

—Compra lo que puedas. Prefiero esperarte.

Ramón se dirigió a un tendejón cercano a la gasolinera. Compró pan, leche, queso, algunas salchichas, sobres de cacahuates salados y agua para beber durante el trayecto. Cerca de la gasolinera, detrás de una barda, se sentaron a comer. El calor aumentaba. Ambos pensaron, sin decirlo, que la insolación durante el camino seguía siendo el riesgo que enfrentaban de nuevo. Guardaron una parte de la comida y se dispusieron a

buscar una camioneta que aceptara llevarlos a Pericos. Pasaron dos, de una tonelada, pero con carga. La tercera venía vacía; era de media tonelada y de color azul. El conductor bajó del vehículo; era un hombre fornido, alto y calvo, cercano a los cuarenta años; sus ojos eran verdes y los escasos cabellos, rubios; tenía una cicatriz en el brazo izquierdo. Ramón se acercó a él y le pidió que los llevara a Pericos; el hombre aceptó llevarlos. Subieron en la parte trasera, también descubierta. El hombre discutió con el despachador de gasolina; luego abordó la camioneta, malhumorado. Arrancó, pero manejaba muy despacio; a veces aceleraba y en otras ocasiones iba a muy poca velocidad. Se detuvo varias veces; se bajaba, abría el cofre del vehículo, luego volvía a arrancar. En una de las paradas Ramón notó que portaba en la cintura una pistola escuadra siete milímetros. El sol calaba por el lento y oscilante movimiento del vehículo que surcaba casi solitario ese enorme espacio del mundo, incendiado e insoportablemente desierto. Las imágenes del mar regresaban a la mente de Ramón. El oleaje inmenso, la brillantez de acero de las inmensas aguas parecía reverberar en la llanura incendiada de Sinaloa. Veía las numerosas piedras del cerro que se ondulaba una y otra vez, y la extensa loma que llaman Atravesada porque parecía afirmar el terreno que se hallaba al pie de la sierra, que era como un vallado que prolongaba o abría sus extremidades. Los zopilotes volaban en parvadas, con lentitud, en una pausada danza en lo alto del calor, brillantes con la luz, gotas oscuras suspendidas o flotando en círculos sobre la inacabable y quieta corpulencia del cerro. Cuando pasaron por El Limón de los Ramos sintieron que los cerros comenzaban a encerrarlos, como si los escoltaran, los escondieran, los pusieran a salvo en un lugar secreto, ilocalizable. Al fondo, como un vigía, la cumbre pétrea del Cerro de la Campana extendía su conjunto ordenado, sucesivo, de peñas.

El paisaje cambiaba con rapidez. Particularmente los árboles con largas y negras vainas colgantes, los cúcharos, la maleza, los órganos, los guamúchiles, las amapas, las vara blanca que los campesinos utilizan como estacas para hortalizas, los mezquites, los sauces a la orilla de ríos o aguajes. Descendieron luego, lentamente, por un llano, como si entraran en una laguna o en un mar quieto. Arriba otra parvada de zopilotes volaba en

círculos, en lo más alto del calor. Desde la extensa llanura se distinguían los muros lejanos de las montañas: era la sierra en lontananza, quieta y apacible, tersa y segura. Ese distante horizonte era la sierra de Badiraguato, la sierra azul, como otro mar de crestas ondulantes y firmes, también inmenso. Cuando el sol se estaba poniendo llegaron a la orilla de un poblado. El calor no desaparecía pero creían sentir una frescura, una renovada quietud. El vehículo se fue deteniendo gradualmente, hasta frenar.

—Aquí es Pericos —dijo el conductor, bajando nuevamente del vehículo.

Ramón y Mono Blanco descendieron para despedirse. El conductor permaneció largo rato mirándolos después de que se despidieron de él.

Atravesaron la carretera y buscaron el crucero más cercano. La carretera por donde habían venido continuaba hacia el norte. Detenidos en el crucero, vieron que hacia Mocorito el camino se dirigía hacia una zona plana y extensa. En la otra dirección el camino avanzaba hacia una tierra de cerros y montañas en cuyo fondo remataba la sierra, en ese momento azulada y oscura. Tomaron la dirección opuesta a Mocorito, hacia Santiago de Comanito y Las Higueras. La luz se disolvía lentamente y el cielo se expandía en el crepúsculo como un cristal enrojecido, como si un enorme vaso de vino rojo hubiera caído sobre el mundo, sobre el aire, sobre las parvadas de aves que se elevaban y descendían con su propio oleaje transparente y rítmico. Después de Comanito y Piedras Blancas pasaron por campos sembrados de trigo; familias enteras cosechaban: mujeres, hombres, niños, aprovechaban la tarde y los últimos momentos de luz, cuando el sol no era ya calcinante. Llegaron después a la Majada de Abajo, ya oscurecido el mundo; en la ranchería ladraban los perros con insistencia, como si se multiplicaran, innumerables. Cuando llegaron a la Higuera de los Monzón estaban cansados; un ligero viento les traía de vez en cuando una frescura súbita.

—Desde que entramos en estos caminos de terracería se me olvidó el dolor de las llagas —comentó Mono Blanco.

—A mí no —repuso Ramón, concentrado en reconstruir la ruta.

Muchos cerros estaban cercanos ahora, pero a lo lejos

distinguían una inmensa sombra de alta cresta. Detrás de una valla de corpulentos órganos pasaba un arroyo con poca agua. Al otro lado de los órganos se elevaba un pequeño bordo.

—El agua atrae por las noches a las fieras. Busquemos algo más lejos y seguro para dormir —aconsejó Ramón.

Decidir debe ser algo simple, pero nosotros lo complicamos, Saturnino. Tú decidiste de inmediato acompañarme a Los Mochis y a Estados Unidos. El gatillero y yo decidimos fugarnos de las islas, y mientras lo hacíamos tuvimos que decidir muchas cosas, casi siempre al instante. Pero por más que pensemos qué hacer nada asegura que nos decidamos a hacerlo. Una cosa es prever lo que haremos y otra cosa es decidir. ¿Conoces las nauyacas? Los campesinos y los indios les temen porque su mordedura es mortal en unos cuantos minutos. Creo que son las serpientes más venenosas. Tiene mandíbulas muy alzadas y parece que tuviera más narices, por eso le llaman "cuatro narices". Pues iba yo con un grupo de trabajadores abriendo brecha en la selva que está entre Tabasco y Chiapas. O quizás ya era la selva de Chiapas. Delante de nosotros iba un muchacho muy joven avanzando a golpe de machete. Yo oí primero el grito y pensé que era de sorpresa. El muchacho estaba apartando la maleza y una serpiente de ésas, la nauyaca, lo mordió en la mano. El muchacho dejó caer tan rápido y con tanta fuerza el machete sobre su mano, que se la amputó de un solo golpe y todavía tuvo tiempo de alcanzar a la nauyaca y matarla. Para detener la hemorragia, un indio que trabajaba con nosotros preparó con hojas de árboles un emplasto que le aplicó en el muñón y un ingeniero le puso un torniquete en el antebrazo. Me tocó ver en el lodo la mano envenenada, sucia, con la palma hacia arriba. Todos le preguntaban cosas al muchacho al mismo tiempo. "Tuve que hacerlo. Perdí la mano, pero no la vida", contestaba.

Antes del amanecer retomaron la caminata. Regresaron al arroyo y cruzaron un puente. En los campos había ya familias enteras trabajando.

—Muy hacendosos —comentó Ramón—; levantan el trigo.

Mono Blanco, admirado, no respondió, porque era la primera vez que veía una cosecha de trigo. Cuando pasaban por la Majada de Arriba distinguieron la mole formidable de un cerro de triple cresta. El sol ascendía ya por el cerro, pero ahora el

calor no era tan abrasador. Otras negras aves de rapiña, incansables, planeaban en círculos en la transparencia del aire. Al aproximarse al Rincón de los Monzón creció el cerco de montañas, como si el cielo se oscureciera y el aire se tornara más caliente y pesado. La cresta de montes los encerraba y cambiaba las cosas, la seguridad de Ramón, la inquietud de Mono Blanco. Vieron un cerco de órganos enormes, majestuosos. Ramón le confió a Mono Blanco, señalándolos, que estaban cerca.

Al fondo, entre los montes, se elevaba un cerro con una enorme peña casi suspendida en vilo. Mientras doblaban por la vereda oyeron un ruido seco detrás de los matorrales. Se detuvieron. Salió al camino un gran caballo brioso, de testuz erguida, mirando el mundo desde la arrogancia de su fuerza. Se volvió hacia ellos un instante, resoplando, y después de mirarlos avanzó con prisa hacia una yegua amarilla, que parecía esperarlo al fondo del atajo. El potro se acercó a ella y empezó nerviosamente a olerla en la grupa. Vieron las crines encrespadas y el miembro erecto y oscuro del potro, oscilante como un sable.

Diez kilómetros más adelante encontraron un río de poco caudal. Lo cruzaron y ascendieron por una pendiente. Ramón distinguió a lo lejos un corral de piedra. Hacia allá se dirigieron. Un hombre apareció en la entrada. Se sorprendió Mono Blanco.

—Creo que aquel es Jorge —exclamó.

Ramón tardó unos momentos en contestar.

—Sí, así es.

Jorge Torres los recibió con una risa abierta, campirana.

—Así que se atrevieron. Desde cuándo debían haberlo hecho. ¡Qué estaban haciendo allá!

Abrazó efusivamente a Ramón, luego a Mono Blanco. Dos muchachos habían salido al corral, para saber qué ocurría; eran hijos de Jorge.

—Pasen a mi casa, tomen posesión de ella —les dijo.

En el interior de la casa se hallaban dos muchachas y un niño pequeño, quizás de ocho años. La esposa era alta y fuerte, de rasgos armoniosos, de tez blanca.

—Mujer, fueron mis compañeros en el penal de las islas.

—Se ven más jóvenes que tú —contestó ella—. ¿Son también productores?

Los saludó de mano, con afecto.

—Ellos no son agricultores, llegaron por otros motivos.

Cuauhtémoc se hizo justicia por propia mano porque un cacique abusó de su familia. Ramón es guerrillero y muy bueno con las armas.

—¿Los vio llegar alguien aquí? —preguntó la señora, sin visos de preocupación, pero con firmeza.

—Alguna gente nos vio —respondió Ramón—, pero no sabían que veníamos acá. Desde antes de llegar a Pericos a nadie le preguntamos.

—¿Le dijeron a alguien que venían para acá? —insistió la señora—. Me refiero a alguien de las Islas Marías, no de la comarca.

—A nadie, señora —contestó Ramón.

—Ni yo lo sabía —intervino Mono Blanco.

—¿Desde cuándo no prueban alimento, muchachos? —preguntó de nuevo la señora.

Mono Blanco y Ramón se miraron. Sonrieron, moviendo las manos, como si tocaran algo que estaba muy distante.

—Ayer en la mañana desayunamos algo, nada más —contestó Ramón.

—Hace veinticuatro horas, señora —explicó Mono Blanco—. Pero ni falta nos hace con esta buena sorpresa.

La mujer asintió.

—Tomen ahora una taza caliente de café con leche y pan, sólo para espantar el hambre.

Se sentaron a la mesa. La mujer tomó de la estufa una jarra de peltre con café negro y otra jarra azul, también de peltre, con leche, y las puso en la mesa. Con una cuchara retiró de la jarra de la leche la capa de nata y la depositó en un pocillo. Uno de los niños acercó una bandeja con pan y una azucarera. Mono Blanco y Ramón tomaron ávidamente dos tazas de café con leche y mucha azúcar. Luego la mujer volvió a intervenir:

—Jorge, llévalos al patio, a que se laven los muchachos. Mientras se lavan, prepararé desayuno para todos.

Salieron al patio; Jorge les dio jabón y dos pequeñas toallas. Encima de un fregadero se lavaron la cara y los brazos. Con los cabellos aún mojados los llevó a otra habitación, al fondo del patio. Había dos camastros y un pequeño mueble.

—¿Qué necesitan con más urgencia? —preguntó Jorge.

—Medicina para las llagas. Estamos muy lastimados —respondió Ramón.

Mono Blanco asintió.

—Muy bien, buscaremos medicina después del desayuno —comentó Jorge—. ¿Cómo dejaron las islas?

—Yo creo que el que más nos extraña es el sargento Carranza. Sobre todo a Ramón —dijo Mono Blanco, alegre.

—¡Cómo es diablo el sargento Carranza!, ¿verdad? Pero no se las olió con ustedes.

—Tuve que darle mucha confianza, porque así tenía que ser —explicó Ramón.

—Algunos compañeros no quisieron venir con nosotros. Se acobardaron la última noche —refirió Mono Blanco.

—Así es —secundó Ramón—. Así fue.

—¿Quiénes se acobardaron?

—En muy pocos meses los van a soltar, por eso prefirieron quedarse —explicó Mono Blanco.

—Pero quiénes se acobardaron.

—Fueron los hermanos Salcido y dos gomeros que tú recordarás, Flavio Piña y Miguel Rodríguez —apuntó Ramón.

—Prefirieron quedarse —comentó pensativo Jorge Torres—. ¿Pues qué pueden encontrar allá?

—Puros infortunios —dijo Ramón.

—Ustedes corrieron con suerte para llegar acá, por lo visto.

—Te sorprenderías de cuánta razón tienes al hablar así —repuso Ramón—. No te imaginas cuántas veces hemos tenido que correr desesperados en este viaje.

—De correr y de quedarnos paralizados dentro del agua, en los tulares. Sufrimos mucho para salir de Nayarit —añadió Mono Blanco.

—Esos esteros creo que están ya en Sinaloa —apuntó Ramón —. Son marismas de Sinaloa, donde hay muchos patos.

—No —insistió Mono Blanco—, porque después de cruzar el puente, ya en la carretera, llegamos a Sinaloa.

—El hecho es que llegaron aquí, es lo que cuenta.

—Con unos enormes rodeos, sobre todo cuando salimos de El Verde. Tardamos mucho para llegar a Villa Unión.

Un niño se asomó a la puerta para avisar que el desayuno estaba listo, que los esperaban. Cuando se sentaron a la mesa la esposa de Jorge Torres sirvió en los platos huevos revueltos con jitomate, cebolla y carne seca; frijoles refritos con rodajas de queso fresco, salsa roja y chiles verdes crudos. Puso en la mesa

tortillas de maíz calientes, una jarra de leche y otra de café negro.

—¿Tienes medicina para mis amigos, Teresa? —preguntó Jorge Torres a su esposa—. Vienen con heridas en la piel.

—¿Qué clase de heridas y dónde?

—Son llagas, señora —contestó Ramón—. En la espalda y en las piernas.

La mujer se levantó de la mesa y se acercó a Ramón y Mono Blanco.

—Descúbranse la espalda —ordenó.

Se inclinó a mirarles con atención las llagas. Luego regresó a su sitio en la mesa.

—Primero —dijo pausadamente—, deben lavarse con mucha agua y jabón cuando se bañen. Después les daré una pomada para que se la apliquen varias veces al día.

—Jorge no es tan ordenado como usted, se-ñora —comentó Mono Blanco.

Jorge y Ramón se rieron. Los hijos mayores parecían no estar atentos a la conversación.

—Aquí no siempre se puede contar con los hombres —comenzó a explicar la señora—. Jorge lo sabe. Se la pasan acompañándolos a ustedes en las Islas Marías o en algún otro penal, o andan escondidos, o están trabajando en el monte. Alguien tiene que conservar segura la casa. Eso nos corresponde a las mujeres. Tenemos que mantener el orden, organizar —dijo con una sonrisa franca.

Media hora después, habiendo levantado la mesa y cuando aún conversaban de las peripecias de la fuga y de las cosechas de la comarca, la esposa de Jorge Torres volvió a intervenir.

—Llévalos a bañarse —indicó a su esposo—. Que se apliquen la pomada que les daré y que se duerman el resto del día. Prepararé para cenar dos gallinas en caldo con verduras y papas, para que se reconforten y puedan seguir más adelante. Porque no creo que se queden aquí, ¿no es verdad?

Jorge asintió. Luego aclaró:

—Pero que se queden aquí algunos días, hasta que se repongan. Luego los llevaré a un lugar más seguro, a La Lapara, o un poco más adelante, hacia Badiraguato.

Hacía muchos meses que no sentían tal confianza, tal seguridad,

tal necesidad de dormir sin aprensión ni confusión. Permanecieron en esa casa cuatro días. Al amanecer siguiente, Jorge Torres llamó a la puerta de la habitación. Ramón y Mono Blanco se habían levantado y estaban terminando de vestirse.

—Teresa ya sirvió el desayuno —avisó Jorge Torres—. Dice que se apuren.

La esposa se hallaba de pie junto a la estufa donde hervía el café.

—Les preparé un guisado de res —dijo amistosamente—. Está un poco picante, pero tiene buen sabor.

En la mesa había además arroz, frijoles recientes, cebolla picada, pan y tazas de café negro muy caliente.

—Van a tener que caminar todo el día —comentó la señora, mientras los veía comer con apetito.

Una de las niñas entró al comedor y se acercó a la madre. Llevaba una pieza entera, redonda, de queso ranchero. La mujer lo puso en la mesa y con un cuchillo grande lo cortó en dos. Envolvió una mitad en papel y lo metió en un morral de mimbre.

—Aquí les puse pan, queso, carne seca y frutas —explicó la señora—. No está lejos el rancho La Lapara en realidad, pero hay que subir y bajar muchos cerros. Por eso se alarga el camino. Y Jorge insiste en que vayan a pie, porque es más seguro. Así que necesitarán comer bien.

—Estamos muy agradecidos por su ayuda, señora —dijo Mono Blanco—. Estar en su casa nos ha aliviado mucho.

—Pero llévense la pomada, porque sus heridas tardarán todavía unos días en sanar completamente.

—En el rancho al que vamos los recibirá Blas —terció Jorge Torres.

—¿Don Blas, el que estuvo en las islas? —preguntó Ramón.

—Así es, don Blas.

—También lo conocieron en el penal de las islas, entonces —comentó la señora.

—Todos hemos sido compañeros de infortunio —dijo Mono Blanco.

La mujer se rió.

—Se ve que a estos muchachos les gusta hablar mucho —dijo la señora.

Llegó un sobrino de Jorge Torres y la mujer le entregó el morral de la comida. Salieron luego al patio, hablando de varias

cargas de maíz que no habían llegado a tiempo para enviar a otros ranchos. Poco después, ya listos, Ramón y Mono Blanco se despidieron de la familia. Llevaban dos mudas de ropa limpia cada uno y sombreros de ala ancha, que les había regalado Jorge Torres. Salieron por el canal de piedra y ascendieron por la loma donde estaba la casa.

El dorso inquieto e incesante de la sierra crecía a la derecha, al fondo. Cuando traspusieron la primera loma todo se convirtió en montañas, cerros, promontorios. A veces era imposible ver el horizonte, sólo se encontraban los muros cenizos de la tierra erguida, envolvente. No era el oleaje inmenso del mar, sino la inmensidad sofocante de montes y cerros. Cuando dejaron atrás los linderos del pueblo de Las Varas, Mono Blanco temió que se alejaran para siempre del mar, de las costas. La sierra sin fin los tragaría lentamente. Mono Blanco deseaba huir de nuevo, respirar a salvo de los montes, a salvo de la avidez del mundo que estimulaba a Ramón. Pequeñas mariposas blancas aleteaban de pronto entre los matorrales y se cruzaban al paso del grupo.

De pronto empezó a cambiar la vegetación de los cerros. Los pinos aparecieron altos, adustos, envueltos en una fragancia que se disipaba rápidamente, de un árbol a otro. Ya en el municipio de Badiraguato, en lo más prominente de los cerros, comenzaron a distinguir la contundencia de la sierra. Para Mono Blanco era un océano de rocas, montañas, cordilleras, imposible de recorrer: imposible huir, salir de esa profundidad. Cuando llegaron a la cima de la siguiente montaña el horizonte se extendió inmenso, como si el mundo se renovara súbita y poderosamente.

—Allá está Chaparagueto —dijo el sobrino de Jorge Torres, señalando un remoto punto al pie de la montaña.

—Ahí están las tierras que trabajamos nosotros —explicó Jorge Torres.

Se detuvieron en la cima de la montaña para descansar y contemplar el mundo, la cordillera azul; eran grandes olas de piedra que saltaban en la luz, que ascendían al firmamento.

—Aquí podremos comer algo —agregó Jorge Torres.

Buscaron un sitio despejado y el sobrino abrió el morral para repartir la comida. Ramón permaneció un momento de pie, a solas, mirando el horizonte. Eran cerca de las tres de la tarde. Contempló la sierra inmensa, azul, los oleajes de montañas que se sucedían al fondo, cada vez más sutiles y evanescentes, un

territorio interminablemente impecable y azul. El cielo estaba limpio, sin nubes. Era el inicio de todo, de otro universo, o de un universo más real que las semanas transcurridas desde la fuga en el mar. Pequeños puñados de mariposas continuaban aleteando frente a él, atrapadas por el viento, móviles, llevadas de un sitio a otro. También el inmenso paisaje de la sierra parecía extenderse, cambiar y seguir siendo el mismo, como otro mar. Porque en su inmensidad, el mar incesante también parece uno e igual.

Fue cuando estuvimos en las marismas. Yo creo que en Nayarit, antes de entrar en Sinaloa. Estuvimos horas en el agua, escondiéndonos entre los tulares y los patos. En ocasiones el nivel del agua nos llegaba a las rodillas y teníamos que acostarnos totalmente y avanzar con mucho sufrimiento. Las llagas nos molestaban mucho, porque se reblandecían y el excremento de los patos nos cubría prácticamente el cuerpo entero. El único puente por el que podíamos pasar para tomar la carretera estaba ocupado por soldados que nos buscaban. Nos estaban esperando muy seguros de atraparnos. Y yo pensé que lo conseguirían, Saturnino, porque jamás imaginé que lograríamos pasar a salvo. El gatillero sí lo sabía. Eso me sorprendió de él. Yo no quería dar un paso más. Había sufrido calambres. Estaba agotado. No me importaba ya que nos aprehendieran, quería salir del agua y descansar, tirarme en la tierra y estirar el cuerpo. Pero el gatillero pensaba de otro modo. Ya habíamos atravesado el océano, ¿por qué no atravesar unos tulares? La voluntad es algo misterioso. Él quería ser libre y se proponía hacer todo lo necesario para conseguirlo. Como si tuviera algo en las manos que no dejaba a nadie arrebatárselo. Es de un carácter firme. Nada lo quebranta. Sólo volver a su tierra lo domina. Aunque él sabe que allá lo buscarán los soldados. A mí no me buscarán aquí, en Los Mochis. Quizás me busquen en mi casa. Pero a mí me ha gustado siempre estar en lugares diferentes. El lugar al que llego parece que hubiera sido siempre mi lugar.

Llegaron muy avanzada la noche al rancho de La Lapara. Era ya la segunda semana de noviembre. Hacía frío. El viento arrastraba un ligero y permanente vaho pegado a los rostros, a la maleza, a los pinares. Los perros ladraron primero gratuitamente, como transmitiendo una señal múltiple a la oscuridad, al espacio frío.

Luego ladraron con una contenida furia que se fue transformando en pavor y desconfianza. La frialdad del aire sofocaba de pronto los ladridos, como si el frío también los alterara, los amedrentara. Ramón sabía que ese frío se extendía ya implacable en la alta sierra, desde Badiraguato a Chihuahua, surcando bosques de pinos, atravesando bancos de niebla, muy pronto además tormentas de nieve. Mono Blanco había sentido este frío inicial en el mar remoto de Galicia, al norte de Vigo. Había estado allá en los meses de diciembre y enero. Nunca había sentido más frío antes ni después. Nunca había visto tampoco el mar tan gris, tan acendradamente insensible e intratable. Pero esta noche, entre el ladrido de los perros, la oscuridad parecía presagiar el frío de todas las cosas, la expansión de un aliento inmóvil que el invierno va formando intransigentemente en todas las cosas que en las montañas se proponen seguir vivas.

Los recibieron en dos pequeñas cabañas del rancho. Un hijo de don Blas les trajo una pequeña jarra con una infusión caliente de hierbabuena. Cenaron la fruta que sobraba en el morral que traía el sobrino de Jorge Torres. El silencio de la montaña, más tarde, cuando todos dormían, en total oscuridad, crecía con su corpulenta presencia, como si el silencio fuera un eco, un aliento perceptible, un ruido profundo y nítido que aumentaba, crecía, ocupaba la noche y la vida. Ésta era la más intensa diferencia entre la inmensidad del mar y la corpulencia inamovible de las montañas.

—Aquí pueden estar el tiempo que ustedes quieran —dijo don Blas en la mañana, cuando todos se hallaban desayunando un caldo de carne con papas y chile colorado, frijoles refritos y café negro.

Se hallaban en una mesa larga de madera. Dos muchachas le ayudaban a la esposa de don Blas a servir el desayuno y a calentar tortillas de harina en una estufa de leña de fierro negro. La señora, de cabello cano, alta, trigueña, de modales apacibles, se acercaba de vez en cuando a la mesa a escuchar la conversación. Dos de sus hijos estaban también en el desayuno, un poco más jóvenes que Ramón y Mono Blanco. Blas era un hombre moreno, alto y correoso, que frisaba los cincuenta años.

—Pueden ayudarnos aquí en varias faenas. Tenemos que levantar algunas cosechas y barbechar terrenos.

—No sabemos qué quieran los muchachos, Blas —intervino la esposa, con voz pausada y cálida—. Deja primero que te digan ellos qué necesitan, aparte de la protección que puedan tener. Quizás debes ayudarlos para ir a otra parte, no sabes todavía.

—Deben esconderse por un tiempo y aquí estarán seguros —repuso don Blas—. Pero digan ustedes, aquí están entre amigos y todos somos de confiar.

—Así es —contestó Ramón—. Necesitamos estar un tiempo aquí, porque ahora no puedo entrar en contacto con mi gente.

—Pero ponlos a trabajar en predios sanos, Blas, no los vayas a malear —intervino Jorge Torres.

Todos se rieron en la mesa. La mujer dio unos pasos hacia la estufa, para tomar otra vez el pocillo de café negro y llevarlo a la mesa.

—Hazle caso a Jorge —dijo la esposa a don Blas—; cuida a estos muchachos mientras regresan a su tierra.

—Los ves jóvenes, pero saben más cosas que muchos de nosotros —contestó don Blas.

—Yo nada más sé de mares —dijo Mono Blanco—. No sé nada de montañas.

—Armando puede trabajar con estos muchachos —pareció ordenar la señora.

—Es un sobrino nuestro —explicó don Blas a Mono Blanco—, más o menos de tu edad. Él te ayudará a aprender todo lo que necesitas saber de lomas y sierras. Y lo que se le olvide a Armando, te lo dirá Ramón.

Jorge Torres y su sobrino se levantaron de la mesa para despedirse. Don Blas y su hijo mayor salieron de la casa con ellos y caminaron unos pasos por el corral. La esposa de don Blas se acercó a Ramón.

—Aquí las cosas tienen distintos tiempos —comenzó a explicar—. Uno es el común, el imprevisible, porque cambia de pronto y no sabemos cuándo termina. El otro está en nuestras manos, es el que depende sólo de nuestras cosas, no de las autoridades. La gente tarda en acostumbrarse a esto.

Entró uno de los hijos de la señora.

—Quieren hablar con Ramón mi papá y Jorge —explicó.

La señora respondió con un movimiento de cabeza. Ramón se levantó de la mesa y salió al corral.

—¿Con quién necesitas establecer contacto, Ramón, con tu

familia o con tus compañeros? —le preguntó don Blas.

—Con ambos, pero particularmente con mis compañeros —contestó.

—Nos dijiste que tus compañeros reclutaron gente de Sinaloa, ¿recuerdas?, de la sierra.

—Pero no eran gomeros, don Blas.

—Pero eran de la sierra, eran campesinos.

—Así es.

—¿Recuerdas los ejidos o el rumbo? —intervino Jorge Torres.

—Creo que sí, porque los Gaytán establecieron el contacto.

—No es bueno para nosotros ni para tus compañeros que nos metamos en esto —puntualizó don Blas—, pero trataremos de ayudarte, ¿de acuerdo?

—Seguro que sí.

Cuando Jorge y su sobrino se despidieron, los demás regresaron a la casa. La señora había puesto ya la jarra humeante de café negro en la mesa. Sonriente, apacible, le dijo a don Blas:

—¿Ya les hiciste caso a los muchachos, ya los oíste?

—Todo a su tiempo —repuso Blas.

Ocho días después llegó un mensajero con una montura ya ensillada al terreno donde estaba barbechando Ramón. Era temprano aún, no pasaban de las nueve de la mañana.

—Te espera Blas. Debes reunirte urgentemente con él —dijo el hombre, sin apearse del caballo y sujetando otra bestia ensillada, que reculaba nerviosa.

Ramón guardó las herramientas. A los pocos minutos regresó con el mensajero. Tomó las riendas de la otra bestia y montó. Llegaron al mediodía al corral. Ahí estaba don Blas con algunos sobrinos y con Mono Blanco.

—Dos de nuestros ayudantes dicen que por ahí vienen soldados —explicó Blas.

—Pero no vienen a buscarlos a ustedes —aclaró uno de los sobrinos—. Buscan enervantes, sólo eso.

—Lo hacen cada cierto tiempo —aceptó don Blas—. Pero de todas maneras vale más que se vayan a otro rancho que se llama La Soledad. Allá no va el gobierno, nunca entran soldados.

—De acuerdo —dijo Ramón—, como usted diga.

Mono Blanco se puso de pie y carraspeó.

—Yo preferiría irme a trabajar a otro lugar. Como Los Mochis

o algo así —comenzó a decir; luego se dirigió a Ramón—. Pues por lo que veo tú me quieres llevar para Chihuahua.

—Sí —contestó Ramón—. Allá te voy a depositar, nos vamos a proteger.

Mono Blanco negó con la cabeza.

—Allá todo el mundo me va a apuntar con un dedo —repuso —. Mi físico nos va a delatar. Tiene que haber fotografías nuestras por ahí.

—La sierra es grande y confiable. Yo la conozco bien, te lo aseguro —argumentó Ramón.

—Mi físico no es igual —replicó Mono Blanco, y señalaba su nariz de gancho, sus orejas saltadas, el oscuro color de su piel—. No soy como los de la sierra. Mi físico nos va a delatar.

—No creas que la gente es diferente en la sierra —insistió Ramón—. Y tengo mucha familia y amigos. Ahí estarás seguro, yo te lo prometí y así te lo voy a cumplir.

Mono Blanco bajó la vista. Permaneció callado un instante.

—No te voy a entrenar en armas —explicó Ramón—. Te voy a depositar con mi familia. Trabajarás como campesino un tiempo, hasta que ya puedas bajar sin riesgos. Son gente pacífica y buena, ya lo verás.

—No, Ramón —repuso Mono Blanco—. Notarán que no soy de allá y sin quererlo nos pondremos en peligro.

—Te aseguro que no.

—Ya lo he pensado. Hasta aquí llego. Mejor me regreso a Los Mochis y me pongo a trabajar en un campo tomatero.

Ramón se quedó callado. Se sorprendió cuando otro de los sobrinos de don Blas, Saturnino, hermano de Armando, se dirigió a Mono Blanco:

—Conozco una parte donde siembran sólo tomate y ahora está la pizca en ese rancho. Ahí podemos trabajar un tiempo. Me voy contigo para allá.

—Pero yo quiero irme para el otro lado, para Estados Unidos —confesó Mono Blanco.

—Pues nos vamos juntos, yo también quiero irme desde hace tiempo para allá —aseguró Saturnino.

—¿Ésta es tu decisión, Cuauhtémoc? —preguntó don Blas.

—Ésta es —repuso Mono Blanco.

—¿Tú te vas a La Soledad, Ramón?

—Seguro, yo me voy para ese rancho.

—Ustedes pueden salir a Los Mochis mañana —dijo don Blas a Mono Blanco y a Saturnino—. Pero tú, Ramón, tienes que salir ahora mismo, porque está a un día de camino. Que te acompañe Armando, que conoce muy bien esa zona. Estarás bien ahí, Ramón. Es el rancho de Gumersindo Pérez.

—¿Gumersindo, el que estuvo en el penal de las islas?

—El mismo.

—¿Está por aquí?

—De aquí somos todos. Como una gran familia, te lo dije. Y te informo que a él le pedimos que buscara contacto con tu gente. Ojalá ya tenga alguna noticia.

Don Blas miró a su sobrino Armando.

—Yo ya estoy listo, tío —dijo el muchacho, entendiendo la mirada de Blas.

—Yo también —dijo Ramón—. A la hora que digan.

—Pues ahora mismo —contestó don Blas—. Que les vaya bien.

Ramón Mendoza se acercó a Mono Blanco.

—Te agradezco, Cuauhtémoc, que me hayas ayudado a recobrar mi libertad y que me salvaras la vida en el mar —le dijo.

Mono Blanco lo miró con una gran sonrisa.

—Yo te agradezco lo mismo, Ramón. Así que estamos a mano. O quizás yo más comprometido contigo.

Ramón se rió de buena gana.

—La hemos pasado muy bien —agregó.

—Con muy buena suerte, además. Aprendimos mucho —dijo Mono Blanco.

Se despidieron con un abrazo y un largo apretón de manos.

Ese mismo día me fui de ahí. Ellos se fueron al otro día a Los Mochis y sé que trabajaron ahí un mes. A mí me llevaron a un rancho que estaba a un día de camino. Me llevó un pariente de don Blas. Le dijo: "Llévatelo a La Soledad. Llévalo con Gumersindo Pérez". Ellos tienen sus buenos contactos. Pues con Gumersindo Pérez. Muy bien. Me llevaron allá, al rancho La Soledad. A Gumersindo lo había conocido también en las Islas Marías. Todos eran reos de enervantes. Los habían aprehendido por droga. Eran gomeros. Así se la llevaban, trabajando por la goma de opio. Generosos. Me llevaron con Gumersindo. Estuve en su casa desde el día 2 de noviembre, que fue

cuando llegué con él. Me confirmó que no había contacto con mi gente después de los compañeros que había matado el ejército hacía cinco años, en 1968. Pues estuve ayudándole a pizcar maíz, frijol, a barbechar. Y reflexionando, sobre todo, hasta que tomé mi decisión. Me despedí en diciembre. Me fui a Los Mochis y tomé el tren para La Junta. Eso fue el día último. Me fui de inmediato a Madera y de ahí a Tres Ojitos, donde vivían mis padres. Mandé un mensaje y me encontraron en el bosque. Estaba nevando y hacía mucho frío. Había mucha neblina y me era fácil ocultarme. Lo primero que me dicen: "Ayer estuvieron los soldados preguntando por ti". Me fui con un pariente a otra sierra, fuera de Tres Ojitos. Ahí me estuve dos días. En la sierra de Naguérachi. De Tres Ojitos a un lado, hacia una sierrita. Ahí me estuve con él unos días y ya de ahí me fui a Ciudad Juárez. No pisé mi casa. Era extraño. Luché por esa tierra. Luché por regresar a esa tierra. Y tenía que huir aquí, a Estados Unidos. Como encontrar agua, muerto de sed, y no beberla. Como encontrar el amor y no gozarlo por perder la vida.

La fuga, novela ambientada en la década de los setenta del siglo xx, nos remite a un periodo de nuestra historia reciente en que, frente a un poder en muchos casos déspota y represor, la rebelión y la disidencia llevó a innumerables luchadores sociales por los senderos de la guerrilla. Ésta es una novela de acción en el buen sentido del término, donde Montemayor prefigura a partir de la experiencia del encierro penitenciario "el gran escape", la fuga de un guerrillero y su inédito camarada de las imponentes y temibles Islas Marías. Obra escrita en un lenguaje fluido, claro, directo, nos lleva a la odisea temeraria de una navegación sin certidumbres y territorios sin reposo.

www.fondodeculturaeconomica.com